

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10.0TS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

Lo trágico cotidiano

25 de Mayo de 1926

Adaptabilidad

La Argentina, para Europa, sigue siendo la tierra de promisión: una especie de Canaan bíblico, de feracidad miltoniana. Crean o no los europeos en esta infatigable patraña, lograron que fuera precisamente la Argentina, con la mayoría de sus habitantes y sus poderes públicos, quien se la bebiese. Siendo este para ella y ellos, un rol halagador, ¿qué importa sea mentira? La vanidad patriótica posee unas tragaderas enormes.

Por eso, no hubo viajero, personaje, lustre, periodista o escritor, que no con tinuase tejendo esta leyenda en folletos, en libros y conferencias. Huret, Rusñol, fueron las raras excepciones. Sin embargo, ellos mismos, por la brevedad de la permanencia en el país, trataron el tema más bien superficialmente.

No acontece así con otros pueblos y naciones. El propósito de adular no es tan evidente y burdo. Los Estados Unidos, si tuvieron sus panegiristas, les surgió también una multitud de detractores. En todo caso las amargas y crudas verdades, a veces ciertas o exageradas, han sido dichas para bien de todos.

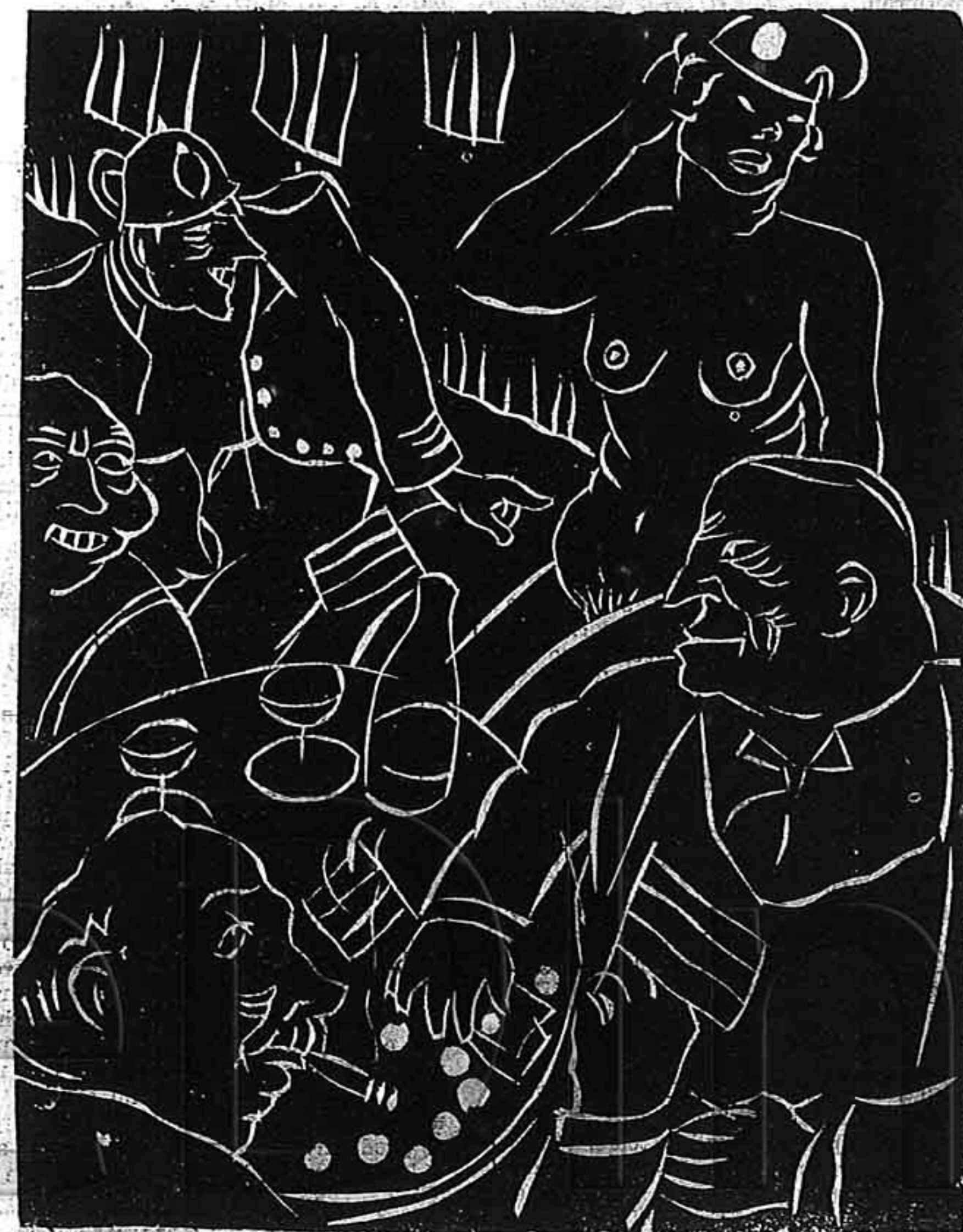
A la Argentina se le otorga el trato de los menores de edad. La verdad se la esconden, por cortesía, por cálculo y casi siempre con fines interesados. Parecen ejercer esos hombres de Europa y sus gobiernos un tutorazgo sobre un heredero rico, a quien no hay que contrariar en sus más nimios caprichos. Quiere tener una pintura propia, autóctona; una arquitectura indio-colonial, un teatro idem, literatura, ciencia. En fin, todo eso que sólo se alcanza en la lentitud de los siglos y por una cultura acumulada puede ser su patrimonio exclusivo, apto para padecer la más peligrosa comparación con el de otras civilizaciones, a veces milenarias. Sus pintores son genios, sus arquitectos lumbreras, etc.

Es un juego diplomático que no engaña a nadie y menos a quienes lo promueven, y únicamente se darán por engañados y convencidos los figurones agasajados tan falaz y bombásticamente.

No hubo hasta ahora escritor nativo o extranjero — quien sabe si éste en su carácter de espectador pudiera ser más verazmente imparcial — que se haya propuesto narrar el reverso de este fingido Eldorado, — ese reverso que se halla espaciado por todas partes: en las provincias paupérrimas, agusanadas por la miseria y las enfermedades; en los obreros, en los ingenios; en la misma metrópoli, con sus conventillos, en su proletariado de la oficina y del taller, que mal vive y vegeta en promiscuidad vergonzosa, encerrado en estrechas piezas y en reducidos y caros departamentos; esa inhumanidad, en la cual todas las explotaciones son posibles, y nunca cree hallarse tan mal, tan miserapá como lo es realmente su existencia de espaciados goces y de sufrimientos interminables. Si, a todo se acostumbra la criatura humana, y a veces, en su abulia de bestia pensante, no se imagina que la vida pueda ser diferente.

De ahí salta la necesidad que alguien le presente su espejo para ellos, las víctimas, y les revele la fisonomía de su vivir, y a los otros como una acusación y un reproche. De tanto en tanto estos espejos aparecen, y en los últimos años que corren ha sido más frecuente su aparición.

Uno de los últimos libros de escritores que se trasladan a una nación para sospechar en el ritmo de su vida colectiva; a observar sus pulsaciones industriales; a inquirir en la musculatura de las clases sociales que la sostienen, para luego presentar sus conclusiones como si se



EN CORO—¡Hurra por nuestra república en su aniversario! Solemnemente juramos honrarla como hasta hoy!

tratase de un caso clínico, es el "Japón Moderno" de M. L. Naudeau. No hablaremos de las calidades y méritos de ese libro. Los lectores del Suplemento lo conocen sólo por un pequeño fragmento, "El barrio de Shitaya". Una comisión de intelectuales belgas, entre ellos Barbusse, preparan una serie de publicaciones sobre el terror blanco en los Balcanes. De Rusia nos llegan boletines y folletos denunciando el verdadero estado de cosas en ese país.

Y aquí, donde ese terror blanco es subterráneo, donde la explotación no conoce freno y el egoísmo insolidario adquiere formas bestiales, artistas, escritores extranjeros y nativos, no encuentran nada que tache, ninguna cosa, según ellos, que rompa con lo que parece normal en todo el mundo.

Y cuando los nativos escriben acerca de los lejanos obreros o de la miseria de las ciudades, lo hacen como tópico literario. La verdad, para adaptarse al capricho de la ficción, se diluye, desaparece.

Por ejemplo, ese barrio de la quema, con su población astrosa, trashumante, que hociquea entre los desperdicios, entre las basuras que arroja por los cuatro costados esta ciudad babelica, ¿no puede ser acaso comparado con los comedores de inmudiciadas de ese otro barrio japonés de Shitaya?

El reciente escándalo promovido por ese propietario que desclavó las chapas de los techos precarios de viviendas in-

fames, a fin de dejar a la intemperie las familias que quería desalojar, puso de actualidad ese infernal muladar. Desde el tiempo que existe, nadie lo advirtió hasta ahora. Ni como asunto literario ni a título de documentación social, ni como episodio vergonzante y reprehensible. Por cierto, los ilustres viajeros no se les conduce a visitar un lugar tan mal oliente.

No es sólo. Hace poco una familia rusa, corrida de Misiones por la explotación inhumana y el hambre, vino a la metrópoli y tuvo que acampar en un baldío, en las inmediaciones del puerto, durmiendo a cielo descubierta. Y otras, no hallando sitio en el "hotel" de inmigrantes, hubieron de avenirse a lo mismo.

Todos estos pequeños y tremedados incidentes son los que, desde el fondo tenebroso de la sentina social suben a flote y se expanden sobre las sábanas escritas de la prensa. ¿Y los otros, que sumarán centenares, millares, por día? Algunos rotativos los registran al azar; a otros les sirven para esos desfuegos demagógicos, que siempre finalizarán pidiendo leyes y una pronta intervención de los poderes públicos.

Otros más, para acrecer momentáneamente el tiraje, mientras lo trágico cotidiano va carcomiendo, horadando por todas partes esta sociedad con su gotear incesante y son estas ínfimas e insignificantes tragedias las que acumulan las grandes tragedias que harán época en la historia.

Al recibir el papa a los representantes de la Acción Católica, — que nos suponemos será tan panurgiana, o carnévil como nuestras asociaciones de Obreros Cristianos — pronunció una alocución conmemorando la encíclica "Rerum Novarum".

El pontífice se refirió a los relaciones entre el capital y el trabajo desde la edad media hasta nuestros días, diciendo que una de las mayores fuerzas de la Iglesia es su adaptabilidad.

Es una confesión asaz inesperada, por ser ella de quien viene. No hemos de desmentir a tan grande autoridad en la materia. Para nosotros es una de las verdades más convencedoras que ha sido dicha por uno de los miembros preeminentes de la religión católica. No hemos proclamado otra cosa, sino que la Santa Iglesia sabía adaptarse a las circunstancias, siempre, cuando y cómo más convenía a sus intereses materiales. Por lo pronto estuvo siempre al lado de los poderosos, fueran éstos bandidos o ladrones. Desde Cristo acá, jamás se halló al lado de los más débiles. Es un antecedente que muchos creyentes no tomaron en cuenta para batar las cataratas de su fe ciega.

El pontífice, quiera o no, dijo una perogrullada, coincidiendo con el lema jesuítico y loyolésco: todos los medios son buenos, y etc. Además queremos entender que las fuerzas a que se refiere ese gerente de la católica compañía que vende a plazos lotes en el cielo, no son las espirituales ni las místicas, sino las materiales. Con espíritu, con misticismo no se triunfa en este mundo. Tal vez será en el otro, aunque no estamos para meternos en líos ultracelestiales.

Entre el clero disidente se opina que la de esta papa no es la cabeza más fuerte que calzó la mitra de San Pedro. Se le reprocha moverle intrigas a Mussolini quien, — más papista que el papa — impuso el catecismo en las escuelas y dictó una ley sobre las blasfemias. Trata de arrancarle los bienes temporales que la Santa Madre Iglesia persigue con tanta sagacidad como misticismo, desde que fué debelado el poder papal por las tropas de Víctor Manuel II.

Pero ya concluirán por amistarse. El hisopo y la espada casi siempre asustaron o robaron de común acuerdo, santificando el robo y el asesinato. ¿Qué hicieron los frailes en la conquista de América? ¿Qué no perpetraron los misioneros en China, en estas últimas décadas, sino preparar la invasión de las empresas de explotaciones europeas, importando opio, apoderándose de casi toda la vida económica de esa inmensa región oriental? No lo dudamos: es esa su fuerza de adaptabilidad.

Las torres de Notre Dame y la policía

Parece que estalló un petardo en la legación norteamericana. Y decimos parece, porque nosotros ni oímos el estallido ni estuvimos presentes en el instante en que ese almacenero en vacancia fué ligeramente rasguñado en un brazo. Pero como la prensa, nuestros caros colegas, afirman ser cierto y da como acontecido el horrible atentado carnavalesco, debemos rendirnos a la evidencia. A ellos, los gallináceos que escriben el centinero en los periódicos, les ofreció el pretexto de hilar tremendas hipótesis. Entre otras, la del famoso proceso de Sacco y Vanzetti. ¿Cuándo no debía ocurrir que, para darle un motivo lógico a sus presas anodinas y tontas, no cometieran la villana

cobardía de azuzar la perra contra trabajadores inermes, sin otro delito en la conciencia que el distinguirse de sus hermanos en cadena, poseyendo ideas y nociones de su condición de explotados?

Eso ya basta para ser indicados como presuntos dinamiteros. Lo que esos viles y amorales plumíferos no se atrevieron a hacer contra un particular, la acusación abierta por presunciones, lo perpetran contra toda una colectividad, la más útil, porque contribuye para darle de comer a ellos, y la más expuesta a todos los mordiscos de los canes de toda suerte y laya, desde el patrón, el casero y el policía para abajo.

Con el discernimiento que caracteriza a las policías de todo el mundo y de todos los tiempos, y la de aquí, que bate el

record en lo obtuso y en lo malvado de sus procedimientos, hemos de esperar más de una barrabasada. Por lo pronto, las detenciones, las requisas realizadas en los locales obreros son ya daños irremediabiles.

Legendaria es la frase de no sabemos quién. Decla este personaje desconocido: Si la policía de París me acusara de haber robado las torres de "Notre Dame", antes de dejarme prender huiría, y al no poderlo hacer, me suicidaría.

Y desde entonces, habiendo transcurrido unos cien años, suponemos que las policías progresaron en sus medios horrendos para obligar a confesar a los supuestos criminales, de crímenes que nunca cometieron.

D. A. DE SANTILLAN

El hombre y el proceso de la producción

El capitalismo ha llegado a un grado tal de desarrollo, que con su método económico de producción el hombre ha dejado ya de ser el centro, para convertirse en un despreciable accesorio. Ni como productor ni como consumidor, es el hombre un centro económico dentro del capitalismo. En el proceso de la producción el hombre ha sido sustituido por la máquina, que si fué creada para aliviar la pesada carga humana del trabajo, no tardó en ser la dominadora; en el moderno establecimiento fabril, la máquina impera soberana, el hombre obedece como un esclavo automático, sin voluntad propia y sin espíritu creador alguno.

Tampoco en el dominio del consumo está el hombre en el centro de la economía capitalista; no se produce para satisfacer las necesidades humanas efectivas; se produce con fines especulativos; se produce para acumular riquezas, no para llevar el bienestar al individuo y a la comunidad. Más de la mitad de las industrias son inútiles o nocivas desde el punto de vista de las necesidades humanas reales. El fabricante no calcula sobre el consumidor probable de sus mercaderías, no tiene presente más que la ganancia, y a la pasión de la ganancia lo sacrifica todo, desde la honestidad más elemental hasta los sentimientos básicos del humanismo y la responsabilidad. El consumidor está en el mercado como el obrero en la fábrica: Son accesorios de la producción y el consumo capitalistas.

Aquella medida humana que Protágoras quería aplicar a todas las concepciones y a todas las obras del hombre, ha desaparecido de la economía capitalista. Por eso vemos a cada paso tantas monstruosidades, tantos derroches de esfuerzos inútiles y antihumanos, tantos contrastes y desequilibrios.

Y aun hay algo más grave: el espíritu y el hecho del capitalismo parecen haber pasado más de lo deseable a las concepciones sociales y revolucionarias que quisieran cimentar un mundo nuevo. Una inmensa mayoría de los socialistas autoritarios, no aspiran en modo alguno a la supresión del capitalismo, ni teórica ni prácticamente; a lo sumo, y esto en el caso de quedar fieles a sus postulados revolucionarios, quieren sustituir la dominación de la burguesía en el proceso de la producción y del consumo, por la socialización, por la dominación de los productores y consumidores mismos. ¿No está ahí un nuevo sofisma que corresponde, en el terreno económico, a la panacea del gobierno del pueblo por y para el pueblo en el terreno político? El mal no estaba en la forma de gobierno ni el remedio en la sustitución de la monarquía por la república; el mal estaba y está en el gobierno mismo; es el gobierno el que hay que suprimir para evitar los males ineludiblemente heredados a él. Lo mismo en la economía: no es la dominación de los medios de producción y de la tierra por los capitalistas, lo que debemos suprimir, es el capitalismo en sí, como método de producción y expresión de una civilización antihumana.

La anarquía no prestigia un determinado sistema económico, pero lleva a la

economía también sus afirmaciones y principios fundamentales, lo mismo que a todas las esferas de la vida humana. Aunque predomine entre nosotros la simpatía por el comunismo, eso no quiere decir que sea el comunismo la única forma económica de la vida libre. Para nosotros tiene muy poca importancia el que mañana, una parte de la sociedad se organice según lo previsto por Kropotkin o según los deseos de los individualistas más huraños, o según una combinación de ambos. Para nosotros lo esencial es el método económico de producción que sustituya al método capitalista; lo esencial está en que vuelva el hombre a ser el centro, el factor capital de la economía, tanto en la producción como en el consumo. Queremos que el hombre domine el proceso de la producción, y no que sea dominado por él. Esta es toda la esencia de nuestra concepción económica.

El Viejo Karl Kautsky sostiene la tesis de que la condición previa para la realización del socialismo, es un elevado estado de evolución de las fuerzas productivas del país. Eso es el germen del marxismo. Pero Kautsky da esta explicación de lo que entiende por "fuerzas productivas": no sólo la riqueza del suelo y las máquinas; "la fuerza productiva más importante es en todas partes el hombre mismo con sus capacidades en parte nativas, en parte adquiridas" (Terrorismus und Kommunismus, prefacio a la segunda edición, Berlín, 1925). No sabemos decir en qué medida corresponde esa explicación del teórico marxista a sus concepciones anteriores. Pero ese es nuestro pensamiento y esa afirmación, que merecerá el anatema de cualquier comisario del pueblo, sólo a fuerza de sofismas podría conformarse con las doctrinas y el espíritu de San Carlos Marx. El hombre que piensa y obra independientemente, confiesa Kautsky más adelante, es un factor económico de primer orden. También nosotros decimos lo mismo; la diferencia consiste en que Kautsky se va luego por los cerros de Ubeda y desconoce al hombre en la vida económica y política, poniendo, en lugar de esa fuerza productiva capital, el industrialismo moderno y la democracia; nosotros quedamos firmes, y sacamos las consecuencias lógicas de la premisa que sienta al hombre como un centro en el proceso económico.

Con lo que no estamos conformes, es con la afirmación general que defiende el punto de vista de una elevada productividad como condición para la realización del socialismo. La realización del socialismo, la vida socialista, no consiste sólo en producir mucho y consumir hasta reventar; el socialismo es posible en todos los estadíos económicos, porque es expresión de una nueva cultura, de una nueva convivencia social. La abundancia de todo lo necesario no sólo sería deseable en el socialismo, sino que lo sería también hoy, en el régimen capitalista. Pero la abundancia por sí misma no crea el socialismo, pues si fuera así los burgueses serían los primeros socialistas. No negamos que la entrada en el mundo nuevo de la libertad para todos, con la barriga repleta, sería más agradable que la entrada con la barriga vacía.

Pero, hartos o hambrientos, si no existe en los hombres el deseo y la aspiración de una nueva vida, de una nueva forma de convivencia social, el socialismo y la anarquía no se realizarán.

Una prueba más del valor del hombre en el proceso de la producción, nos la da el ingeniero Otto Schulz-Dubois, en un estudio sobre la intensidad de trabajo en la albañilería en la ciudad de Frankfurt. Desde 1885 a 1910 la intensidad de trabajo fué en aumento; desde 1910, la altura lograda se conservó hasta la guerra. Toda reducción de la jornada tuvo siempre por consecuencia un aumento sensible de la intensidad de trabajo. Al introducirse la jornada de diez horas en 1890, la intensidad de trabajo tuvo un fuerte impulso. En los años que siguieron a la guerra, hubo un profundo descenso debido en primer lugar a la alimentación deficiente y otras causas. En 1923, el año terrible de la inflación monetaria y del hambre, la intensidad de trabajo decreció también considerablemente. Los capitalistas sostienen que el hambre es el mejor estímulo al trabajo: la realidad demuestra bien palpablemente que el hambre disminuye el placer del trabajo, su intensidad. El ingeniero Schulz dice: "Los salarios más elevados con su capacidad adquisitiva superior, y la reducción de la jornada de trabajo, operan un acrecentamiento del nivel de vida. Pero el mejoramiento del nivel de vida tiene por consecuencia un aumento de la alegría y de la diligencia para el trabajo!"

Esto no tiene nada de nuevo, y por eso defendemos la idea de una reducción de la jornada a seis horas, convencidos de que eso no tendrá por consecuencia una disminución de la producción, sino un aumento de la intensidad de trabajo, lo cual pondría al hombre en situación de soportar menos penosamente los esfuerzos exigidos por la moderna técnica. Pero es sólo un recurso temporal para aliviar la suerte humana en el sistema capitalista actual, cada vez más arrollador de la personalidad física y moral del individuo. Como principio básico tenemos la significación del hombre, en su disgusto o su placer ante el trabajo, convertido en factor de gran importancia en el proceso productivo, que se suele considerar como algo mecánico e inanimado. El hombre puede animarlo todo con su voluntad y nosotros deseamos que así sea. Hoy mismo, en que el individuo no es más que un accesorio insignificante en el proceso productivo, en que el ritmo de su actividad no parte de sí mismo, sino de las

máquinas, la intensidad de trabajo es muy variable, en proporción con la duración de la jornada y el salario. Nuestro sistema económico, o sea la ausencia de todo sistema, consiste en permitir que el hombre domine soberanamente el proceso productivo, que lo cometa a sus necesidades, a sus gustos, a sus posibilidades. Hoy el peso del trabajo es puramente pasivo; influencia la intensidad de su labor según el estado de sus fuerzas físicas, pero eso es muy poco.

La realización del socialismo no es ligada tampoco a una determinada jornada de trabajo; el problema no es bajar poco, sino trabajar en lo que quiere y según lo que se desea. La libertad sería la suprema ordenadora de esas dificultades. Si yo amo el trabajo de campo, trabajaré de sol a sol, sudaré mucho, gastaré mis energías con voluntariosidad. Lo mismo en la industria o en un esfuerzo intelectual cualquiera. Cuando el hombre sea factor determinante, no esclavo de la producción, pondrá su personalidad en el trabajo y no estará ante el problema de la prolongación o de la reducción de la jornada, pues el trabajo constituirá una prolongación de la vida y no una maldición o una carga, un arte y no un mal necesario.

Algunos camaradas han querido atraer las masas asegurando que en la sociedad futura no habrá necesidad de trabajar más que un par de horas para producir lo necesario. No, eso sería insostenible y nosotros oficialiamos de rompedores para conquistar el derecho a trabajar lo que querramos, haciendo del trabajo un medio para embellecer y enriquecer nuestra vida interior y exterior. La libertad haría el milagro de convertir al obrero en artista, al autómatas en creador, a todos los obreros y a todos los autómatas.

No sentis en vuestro interior fuerza creadora para poner el alma en el trabajo? ¿Y no chocáis a cada paso con los escollos de esta civilización antihumana en que se estrellan las mejores voluntades y los más valiosos y feunidos esfuerzos? Si el capitalismo no acaba por matar el hombre en el hombre, llegar el día en que el esclavo, el autómatas, el obrero de la máquina inanimada reclamará sus derechos a la soberanía y al ejercicio de su inteligencia y de la fuerza de sus brazos. Entonces volverá las espaldas al capitalismo y fundará una vida económica donde el hombre será la medida de todas las cosas y el centro de la producción y el consumo.

JOHN RUSKIN EL ORIGEN DE LA RIQUEZA

¿Qué entendemos por ricos? En verdad, la riqueza obra solamente como negación. La potencia de tu dinero, nace del hecho de que tu vecino lo necesita. Si no fuera así, para tí sería inútil. El arte de volverse rico es el de empobrecer al vecino. Los miembros de una sociedad de millonarios verían obligados a lustrarse sus propias botas. La opulencia de algunos es esencialmente el signo de la potencialidad sobre la pobreza de los muchos. Aquello que parece riqueza, no parece sino el índice dorado de una ruina de largo alcance; es el puñado de monedas recogido por el vaquero en la playa, a causa del naufragio de un bajel. Comprar en el mercado más propicio, sí; pero, ¿por qué son tan bajos los precios? El carbón de madera puede ser más barato, después del siniestro del incendio que devoró mil viviendas humanas, pongamos el caso. Los ladrillos pueden venderse a ínfimos precios después de un terremoto. Pero es muy difícil que nos quepa en la cabeza que los incendios y los terremotos han de ser beneficios racionales.

Vender en los mercados mejores para tus mercaderías; pero, ¿por qué es caro? Hoy vendiste a precios subidos tu trigo, tu pan; es que una muchedumbre de pordioseros y hambrientos tuvieron que darte hasta su última moneda, y luego quedarse sin trigo o pan por semanas o meses. O lo adquirió un especulador rico, quien mañana te comprará la granja en que vives por una miseria.

En una sociedad que se regula meramente por la mecánica de las leyes de la oferta y la demanda, y protege esas leyes abiertamente por la violencia, los que se enriquecen son generalmente los egoístas, los rapaces industriales, los de acción rápida, guiados sin ningún escrúpulo, los sin sensibilidad, sin imaginación e ignorantes.

El país más rico debiera ser el que sustentara un mayor número de seres nobles y felices. (De "Unto the last")

ELISEO RECLUS

ANARQUIA

Para la pluralidad de los hombres, la palabra anarquía tiene un sonido tan malo, que la mayor parte de los lectores se apartarán probablemente indignados de estas páginas, llenas de asombro por lo insolente que uno ha podido ser para escribirla. En la multitud de los habladores y escritores de lugares comunes, no hay ya salvación para nosotros: ningún reproche es para nosotros demasiado duro, ninguna calificación demasiado injuriosa. El que habla públicamente sobre asuntos sociales y políticos, encuentra que la difamación de los anarquistas es un salvoconducto infalible para hacerse popular. Todo crimen imaginable nos ha sido atribuido, y la opinión pública, que es demasiado perezoza para ir tras la verdad, se deja persuadir fácilmente de que anarquía es el nombre para perversidad y confusión. Cubiertos de ignominia y abandonados como botín al odio, somos tratados según el principio que expresa el proverbio inglés en las palabras: Si quis colgar un perro, dadle un mal nombre.

En todo eso no hay nada sorprendente. El coro de las maldiciones que cae sobre nosotros, está completamente en la naturaleza de las cosas, pues hablamos en un idioma que no está santificado por el uso y no pertenecemos a ninguno de los partidos que se disputan la posesión del poder. Como todos los innovadores, no traemos la paz, sino la espada, y no nos sorprende en modo alguno el ser recibidos como enemigos.

No por eso tomamos a la ligera el tener que chocar con tanta malevolencia. No queremos darnos por contentos con la conciencia de que es inmerecida. Aceptar la pérdida de un bien tan precioso como es la simpatía pública, sin investigar primero seriamente la verdad, y examinar cuidadosamente nuestro deber, sería un comienzo de ligera locura. Nuestra misión es, en una medida de que no tienen sospecha alguna los que se dejan llevar sin resistencia por la corriente de la opinión pública, procurar a nuestra conciencia bases racionales para la fe que vive en nosotros, fortificar nuestras convicciones por medio de la investigación de la naturaleza y de la generación humana, y ante todo, comparadas con aquella justicia ideal que ha sido elaborada gradualmente por las incontables generaciones de la humanidad. Ese ideal es conocido de todos y está así demasiado sobado para tener que aplicarlo aún. Vive en las doctrinas morales de todo pueblo, lo mismo si es vilizado que si es salvaje; toda religión ha tratado de adaptar ese ideal a los dogmas y mandamientos, pues es el ideal de la igualdad de los derechos y de la reciprocidad de los servicios. "Todos somos hermanos", esa máxima es perdida de un confin al otro del mundo, el principio de la fraternidad general se expresa en ella entraña la completa solidaridad de los intereses y de los trabajos. ¿No se debe confundir ese principio, que las almas sencillas han adoptado como consecuencia necesaria del amor a la sociedad, con el que los socialistas de nuestro tiempo describen con esas palabras: "A cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus fuerzas"? Si somos almas sencillas y no abandonamos ese ideal de la moral de los hombres, el metal puro está oscurecido con mucha escoria, y el egoísmo personal y de grupo de familias, ciudades, castas, pueblos y partidos han ocupado por esa razón algunas angustias variaciones. Pero no nos entregamos a la ética de los intereses egoístas, para establecer el punto hacia el cual tiran más o menos todas las ideas particulares. Ese punto más elevado de la civilización es la justicia. Si la humanidad no es ningún sueño vacío, si todas estas impresiones, todos nuestros sentimientos no son meras alucinaciones, entonces domina este hecho decisivo: la gloria humana: que toda tribu y todo pueblo anhela la justicia. La verdadera justicia de la humanidad es únicamente un

solo y largo grito en pro de aquella justicia fraternal que continúa siendo un objetivo inalcanzado. Se oyen palabras que pronunció el viejo Hesiodo hace casi tres mil años y con las cuales ha respondido a todos los que afirmaban que la lucha por la existencia nos condena a eterna contienda. "Peces, animales salvajes y aves de rapaña pueden comerse entre sí — pero nuestra ley es la justicia."

¡Cuán enorme, sin embargo, es la distancia que nos separa de la justicia que ha clamado el poeta en el crepúsculo matutino de la historia! ¡Qué progreso debemos hacer aún antes de poder cesar con razón de compararnos a las bestias que luchan por un trozo de carroña! Evano nos pretendemos civilizados, si por civilización hay que entender, con las palabras de Alfred R. Wallace, "la armonía de la libertad individual con la voluntad de la comunidad." No es verdaderamente un arte criticar la sociedad actual, su moral, sus convencionalismos y leyes y señalar cómo se desvía su comportamiento de la justicia ideal que han expresado los pensadores en palabras que anhelandos en todo tiempo los pueblos. El que repite la crítica gastada, se pone en peligro de hacerse un nuevo declamador adiestrado que grita en la plaza del mercado lo que todo el mundo sabe ya. Pero, sin embargo, ¿no es nuestro deber, mientras la verdad no sea escuchada, expresarla sin cesar? El que es sincero tiene el deber para consigo mismo de descubrir la horrible barbarie que prevalece todavía en las profundidades ocultas de una sociedad que parece exteriormente tan bien ordenada. Tómense por ejemplo nuestras grandes ciudades, las cumbres de la civilización, especialmente la más poblada y en algún concepto la primera de ellas, el enorme Londres, que en su circuito reúne los tesoros del mundo, donde todo depósito de artículos vale el rescate de un rey; donde se encuentra suficiente y más que suficiente alimento y vestido para las necesidades de los millones amontonados, que se aprietan en sus calles en mayor número que las hormigas que pululan en el laboratorio de sus galerías subterráneas. Y, sin embargo, los pobres que lanzan miradas hambrientas y avaras a esos tesoros, se cuentan por centenares de millares; junto a la inaudita magnificencia, consume la penuria en la vida capas enteras de población; y sólo de tanto en tanto oyen los felices para quienes están amontonadas esas riquezas, como un bronco rumor de la aflicción, de esa queja que surge eternamente de esas ocultas profundidades. Bajo el Londres de la moda, hay un Londres maldito, un Londres cuyo único alimento es el repulsió desperdicio, cuyos únicos vestidos se componen de trapos sucios, y cuyas únicas viviendas son cuevas malolientes. ¿Tienen los desheredados el consuelo de la esperanza? No, a ellos les está privado todo. Hay algunos de ellos que viven y mueren en agujeros húmedos y oscuros y no ven una sola vez el sol con sus ojos.

¿De qué sirve al misero repudiado, que arde en la fiebre o que codicia el pan, que la Biblia de los cristianos abra más ampliamente para él las puertas del cielo que para los ricos? Al lado de su actual miseria, todas esas promesas de bienaventuranza, aunque las escuchara, parecerían la burla más amarga. ¿Pero no parece sobre eso — si se puede juzgar según la compañía en que la mayoría de los predicadores del evangelio se sientan más a gusto — que las palabras de Jesús se han vuelto al revés, que el "reino de dios" es la recompensa para los dichosos de este mundo — un mundo en que el régimen sacerdotal y temporal están en la mejor armonía, y donde la religión lleva tan seguramente al poder terreno como a la bendición divina? La religión debe llevar a la promoción, la irreligión debe impedirlo; como ha reclamado un famoso intérprete de la Biblia (1) en palabras que dirigió a su rey.

(1) Alejandro Cruden, en el prefacio a la "Concordancia".

Cuando el cristianismo prospera así en la devoción, e hipócritas tienen religión para prestar más valor de feria a lo que gusta llamar su conciencia, ¿puede sorprender que el gran ejército de los desconsolados olvide el camino de la iglesia? ¿Se equivocan cuando afirman que ellos, a pesar de todas las invitaciones oficiales, no siempre serían bienvenidos en las "casas de dios"? No queremos hablar aquí de aquellas iglesias cuyos puestos son vendidos a determinados precios, que, por consiguiente, sólo puede entrar en ellas con la bolsa en la mano: ¿pero no debería significar nada para los pobres el ser contenidos en el umbral por las frías miradas de hombres bien vestidos y los labios comprimidos de mujeres elegantes? Aunque no cierre la entrada ningún muro, está en el camino un terrible obstáculo: el aire pesado del odio y el asco que se levanta entre los desheredados y los privilegiados.

Y, sin embargo, la primera palabra que el sacerdote pronuncia cuando está en el púlpito, es: "Hermanos", una palabra, pues, que es consecuencia de una diferenciación expresiva sólo significa una especie de fraternidad potencial y teórica, sin efecto y sin realidad. Sin embargo, su sentido originario no ha desaparecido completamente, y cuando el desheredado que la oye no se ha vuelto estúpido por el hambre, si no es uno de los hijos del hombre, aplastados, que reptan idiotamente todo lo que oyen — ¡qué ardorosos pensamientos no debe despertar en él esa palabra: "Hermanos", cuando la escucha de labios de un hombre que tiene tan poco sentimiento de su fuerza! Las impresiones de mi niñez suben a mi memoria. Cuando oí rezar por primera vez el "Padre nuestro que estás en los cielos", que debía darnos "el pan de cada día", pensé que caería por alguna intervención misteriosa, una comida en todas las mesas del mundo. Me imaginé que esas palabras repetidas millones y millones de millones de veces, serían un grito de la fraternidad de los hombres y que cada uno debía pensar en todos cuando las pronunciaba. Estaba equivocado. Sólo en un par de seres es sincera la oración; en la mayoría es sólo un sonido vacío, un silbido en el aire, como cuando el viento sopla a través del junco.

Los gobiernos se ahorran el hablar al pueblo de fraternidad; no se mortifican ya con una broma tan triste. Es verdad, la jerga cortésana compara en algunos países al dominador con un padre cuyos hijos son los súbditos, pero esa fórmula de que los hambrientos podrían abusar fácilmente exigiendo del padre pan, no es tomada ya en serio. Mientras los gobiernos fueron considerados como representantes inmediatos de un amo celestial, que ejercían sus funciones por la gracia de dios, la comparación era tolerable; pero ahora son muy pocos los que reclaman esa semi-divinidad. Como están privados de la consagración religiosa, no se consideran ya por responsables del bien común y se contentan simplemente con prometer buena administración, justicia imparcial y estricto ahorro en la ejecución de los asuntos públicos. Nadie que sonde la política de nuestro tiempo puede negar la veracidad de las palabras que se atribuyen de igual modo a Oxeustier y a Lord Chesterfield: "¡Vete, hijo mío, y vé con qué poca sabiduría es gobernado el mundo!" Corresponde ahora a la instrucción general saber que la dominación, lo mismo si es monárquica, aristocrática o democrática, lo mismo si se funda en el derecho de la espada, de la herencia o de las elecciones, es ejercida por hombres que no son mejores ni peores que sus iguales pero cuya posición los expone a mayores tentaciones de hacer mal. Como están elevados por so-

bre la multitud, que aprenden pronto a despreciar, llegan finalmente a tenerse por seres superiores a causa de su nacimiento; como han sido cortejados por la ambición en mil figuras, por la vanidad, por la avaricia y el capricho, son corrompidos, y eso tanto más fácilmente cuanto que en la cosa está siempre al acecho el adulador egoísta para aprovecharse de sus vicios. Y como poseen una influencia predominante siempre, como tienen en la mano la poderosa palanca que mueve el enorme aparato del Estado — funcionarios, soldados, policía — todo descuido, toda falta, todo crimen que cometan tiene que repetirse en lo infinito y pesar cada vez más al crecer. Es demasiado verdadero: un arrobado de la cólera en un dominador, una mirada oblicua, una palabra ambigua pueden llevar el luto a pueblos enteros y entrañar desdichas para toda la humanidad. Los lectores ingleses que están familiarizados con la Biblia, se recordarán de la fábula acertada de los árboles que querían un rey. Los árboles, los pacíficos y los fuertes, los laboriosos y los benditos, el olivo que crea el aceite, la higuera que da el buen fruto, la vinya, de donde viene el mosto "que recogía a los dioses y a los hombres", rechazan la dominación; el zarzal la acepta y de esa maleza nociva parte el fuego que destruye los cedros del Líbano.

Pero los administradores del poder, que han recibido la función sublime sea por la gracia de dios, sea por el sufragio universal, ¿pueden distribuir la justicia, ser considerados de algún modo como infalibles o sólo imparciales? Se puede decir que las leyes y sus intérpretes mostrarán para todos los hombres la equidad que vive en la representación del pueblo? ¿Son ciegos los jueces cuando se presentan ante ellos los ricos y los pobres — Shillock con su cuchillo criminal y el desgraciado que ha vendido de antemano una libra de su carne o algunas onzas de su sangre? ¿Mantienen siempre igual los platillos de la balanza para el hijo del rey y el hijo del mendigo? Es natural que esos funcionarios creen firmemente en su propia imparcialidad y se tengan por el derecho personificado en figura humana; cada cual establece — algunas veces sin saberlo — la moral especial de su oficio; pero los jueces, lo mismo que los sacerdotes, no pueden resistir la influencia de su ambiente. Su comprensión para lo que constituye la justicia, procede de las opiniones del término medio de la época y es influenciada inadvertidamente por los prejuicios de su clase. Por honestos que sean, no pueden olvidar que pertenecen a los ricos y a los poderosos o a los menos dichosos que están aún en el camino del privilegio y de los honores. Tienen, además, una veneración ciega por los casos de precedencia y se imaginan que hábitos heredados de sus predecesores, tienen que ser derecho. Cuando examinamos sin preconceptos la administración oficial de justicia (cuántas injusticias no encontramos en los procedimientos legales! Por ejemplo los ingleses están indignados — con razón — sobre el modo francés de interrogar a los prisioneros, pues esos hombres deben inviolablemente y sin excepción ser culpables hasta que son convencidos de su culpa; los franceses, al contrario, observan, no sin motivo, con repugnancia como la justicia inglesa incita a la traición por medio del gobierno inglés, asegurando a los traidores impunidad y dinero, con lo cual coopera a la depravación de los caídos y los estimula a hechos de vergonzosa villanía que asquean sinceramente a los niños de la escuela, que son más morales que sus padres.

(Continuará)



Por los Salones

(Witcomb)

Gabriel Morcillo

Henos aquí ante uno de los peores ejemplos de un volatinero del pincel. Alabado profusamente por la crítica oficial, y como por la vistosidad de su técnica pictórica son muchos los que pueden dejarse ilusionar, importa hablar. No es el primer año que vemos cuadros de este pintor granadino, que críticos ignorantes e incautos desean colocarlo como "uno de los pocos nombres nuevos dignos de citarse junto a los maestros representativos del moderno arte español".

Se necesita una desviación de la escuela y una insensibilidad absoluta para no experimentar una sensación de asco frente a esa pintura gruesa y gorda, lustrada a muñeca. Ni como asunto ni como corte de composición cambió nunca. Son los mismos desnudos andrógomos, de un orientalismo de pega y propio de alcoba burguesa. Todo es convencional, en el sentido más burdo del amañamiento. Acida a fuerza de brillantez, es la mala pintura por la mala pintura, que se cierra en el círculo vicioso de su inutilidad. Hay diestros artesanos que no van más allá de la materia, pero son honestos, sin pretensiones y en su observación sincera a veces logran realizar trozos felices de factura que, además del deleite que provocan, algo pueden enseñarle al estudiante, al artista o al veedor inteligente. Con Morcillo, ni eso sucede. Porque todo está hecho con trucos, recetas y trampas. Su extrema habilidad consiste en combinar todos estos trucos, recetas y trampas. Y hacer algo presentable para engañar al público que no profundiza sus sensaciones y a los críticos míopes e ignorantes, quienes toman estos simulacros de un virtuosismo basal, como una manifestación de arte. Estos cuadros ni quieren ser — y no pueden — decoración, retratos ni composiciones de caballete, y participando de todos estos géneros, no son nada, algo híbrido y sin consistencia.

Es un espectáculo de masturbación sensorial como puede serlo el natacion, sin poseer, por cierto, su vida o su mala vida, por no constituir esta pintura sino su yerto remedo. Pero los fines que forman a ambos — el oficio pictórico y el oficio de desnudarse — son idénticos. Son los detritus del arte burgués.

Gastón Latouche

Es este el artesano que nosotros opinamos al vacío charlatanismo pictórico del artista granadino. Sin poseer un talento excepcional, este pintor francés, ni cosa parecida, sus cuadros nos son amables a la vista, por su atavio humilde, por no pretender hacer alarde de ninguna especie, ateniéndose solamente a sus facultades manuales que a veces consiguen efectos cautivantes en su total armonía.

Podrá ser más o menos mediocre, como su colega español, pero tiene la ventaja sobre éste que no intenta disfrazar su mediocridad con batas de seda y kimonos floreados, tal un palurdo de las clases altas o de las bajas. Pareció conocer sus límites y no los traspasó; es sensato, y

su sensatez no le hace ir más allá de lo agradable. Pinta telas ídem, en vista de gente con gustos no muy exigentes, que se diluyen en el placer de lo pintoresco de una anécdota, envuelta en coloraciones suaves y dulzonas.

En fin, es una mediocridad noble, porque no se esconde, y asimismo con rasgos personales, porque no imita ni calca a nadie. Da todo lo que tiene y puede. Muchos de su misma condición han hecho pastiches, poniendo a contribución la técnica, la calidad tonal y la apariencia de estilo de los grandes maestros.

Todas estas no son grandes virtudes, aunque pueden serlo dentro del marco de lo relativo.

Tableaux Modernes (Escuelas Belgas y Francesas).

La denominación es un poco caprichosa. No son modernos los cuadros de la escuela belga, y menos los de la francesa. No se puede contar como muy moderno a Eugenio Delacroix, quien nació y murió en 1798-1863. Lo es un poco más Renoir, que nació en 1841 y desapareció en 1920, después de una labor copiosísima y de un gran valor.

De Delacroix, del maestro del romanticismo pictórico francés, se exhibe un cuadro de reducidas dimensiones: "La Jeune lionne" (Leona joven). Esto no se podrá tomar jamás, no sólo como lo más representativo, sino como un vago indicio del prodigioso talento con chispazos de genio, del que ejerciera una saludable influencia en los pintores de mediados del siglo pasado. Las quebras de las grandes glorias son éstas: que luego, después de haber muerto, con el afán del lucro se expone a la venta hasta lo que fueron sus estudios más defectuosos. Sin embargo, sea o no sea esta leona de Delacroix, es un buen boceto. No hay duda, la firma está por encima de su valor intrínseco.

Algo parecido nos sugiere la *Tete d'enfant* (cabeza de niño) del maestro de la escuela del impresionismo. Apenas si es una débil muestra de la pintura de Renoir.

En cuanto a los otros expositores, en su mayoría belgas, quitando Alfredo Delacroix y algunos otros vivientes, son la antigua mediocre de las generaciones clásicas, o neo-impresionistas.

De la pintura fuerte y vigorosa de Ensor, de Laermans, no hay siquiera de los que pudieran ser sus discípulos. — At.

HUGO BERNASCONI

ARTURO TOSI

Entre las dos principales tendencias — impresionismo y neoclasicismo — a que se pueden reducir teóricamente los numerosos y dispares conatos de la pintura italiana, uno de los sitios particulares le espera al arte de Arturo Tosi: un gusto característico por la vehemencia instantánea y la franqueza moderna de su visión y de su factura; igualmente distante de la impulsividad fácil del último impresionismo y de la frigididad esquematizada de la nueva academia: sin que por eso se mantenga en el medio o ambiguamente entre dos bandos, como puede acontecer con los mediocres, y más bien realizando por potencial instinto e inteligencia, una personal superación de ambas posiciones teóricas.

A este feliz resultado llegó Tosi por la unión de dos intrínsecas virtudes: una indefectible sinceridad artística que no le permitió nunca substituir las adquisiciones de la emoción del instinto por las cómodas fórmulas intelectuales, y la despierta ductilidad de su intelecto que lo mantuvo atento y propicio a las nuevas corrientes artísticas de nuestro tiempo, pronto a asimilarlas lo que más podía ser útil a su expresión, sin dejarla que la desvirtuase totalmente.

Así, no pudiéndose señalar en su labor de la treintena, ningún cambio brusco en su manera, al contrario, siguiendo siempre una trayectoria rectilínea, le aconteció más de una vez sorprender al público con la novedad de su expresión, que al mismo tiempo se presentaba con el carácter de lo imprevisible y de la consecuencia: signo indudable, cuando ambos elementos se unen en una buena y vigorosa vitalidad.

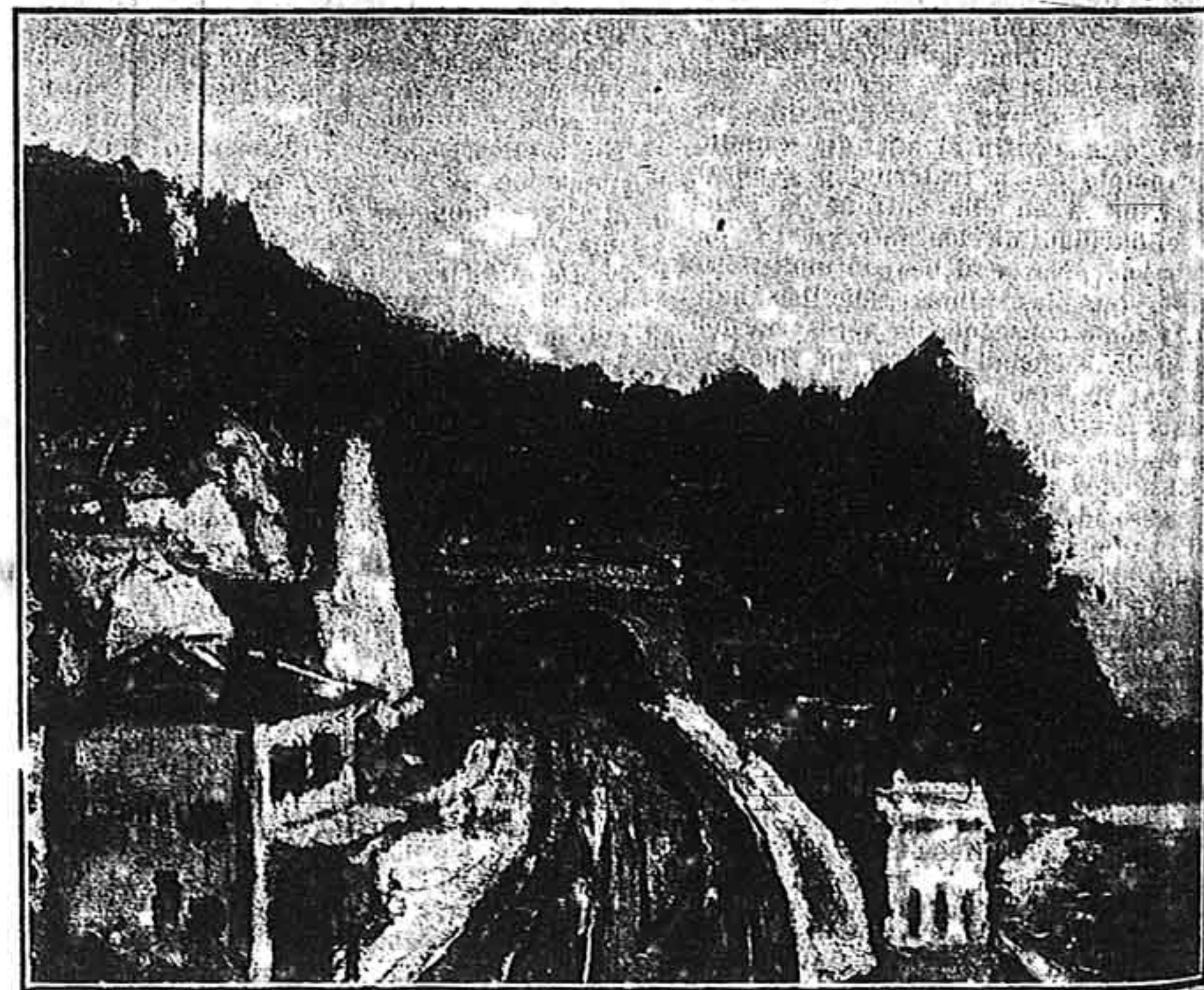
Derivando también él del impresionismo (impresionismo lombardo), ya aclimatado en el ambiente por Cremoneza, Bianchi, Gola, Bazzaro y Grubicy, asimilándose rápidamente los resultados — más que las teorías — de los post-impresionistas franceses, nunca renegó de sus conquistas de luminosidad y de instantaneidad: pero injertando en éstas el anhelo constructivo de las nuevas tendencias, realizó expresiones siempre más fuertes y equilibradas, cada vez más simples y persuasivas, de una rara salud espiritual: y toda su carrera artística se resuelve en esa constante fidelidad hacia sí mismo y en esta lógica ascensión.

Nació hace cincuenta y tres años, — después de haberse hecho notar por algunos ensayos de paisajes de gran vivacidad cromática, de un ímpetu, más manual que nacido anímicamente, anduvo a través del análisis del divisionismo, afinando, no solamente más el ojo, y expurgando su paleta, sino castigándose en los medios materiales de expresión; de modo que, sin darse cuenta

él mismo, fué día a día interiorizándose con aquel innato ímpetu que en sus primeros ensayos lo había atraído a la truculencia de la pasta colorante, y a un grave descuido de la solidez de la estructura de la composición del cuadro.

Dedicado por algunos años al estudio de la figura humana, pudo ser señalado por la realización de algunos buenos retratos (en particular la bella cabeza "Malinconica", que se halla en la *Galleria Civica* de Milán y el robusto "Retrato" de su padre) entregándose luego totalmente al paisaje; prefiriendo las llanuras envueltas en la tenuidad de los vapores o sobre los poyos de las colinas gemadas de flores, y las grisuras otoñales sobre las tierras recién aradas, limitados por las azules lejanías.

Obtuvo así, en una pintura rápida, armoniosa de locante delicadeza y de impecable distinción... Distinción en el color y en el corte, instantaneidad de expresión con rasgos nerviosos; una fineza casi mórbida de los pasajes de un tono a otro; un dulce sentimiento elegiaco de la campiña y una absoluta sinceridad al mantenerse en los límites de la propia emoción, sin sombra de exageraciones retóricas, son estas las características de este fecundo período.



ARTURO TOSI — "Zoagli" (Riviera de Liguria)

Peró, arribado a la madurez de los años y del intelecto; afinado en los sentidos y en el espíritu, por el cotidiano ejercicio del arte, — cuando los directos resultados conseguidos podían más fácilmente inducirle a la adopción de una manera, cayendo en la repetición de sí mismo, supo abrirse un nuevo camino, volviendo a tomar robustamente contacto con la eterna primitividad de la naturaleza.

Le acaeció, entonces, de encontrar nuevamente su propia primitividad; esa calidad primigenia poseída por cada alma individual, que muchos jóvenes de hoy van buscando erradamente en una imitación erudita. Y he ahí que en esta íntima comunión se desborda aquel ímpetu de sus años mozos, pero ya para siempre hecho ímpetu interior, contenido por estar sobrecargado de fuerza.

Es en este tiempo que, respondiendo a este deseo de mayor nitidez y virginitad en las cosas, se trasladó a las llanuras milanesas, a los pre-alpes del Bergamasco, donde la naturaleza, no obstante ser virgen y libre, no es salvaje y si vestida de verduras cultivadas, de lejanas nieves, alegres y acogedoras.

Sucesivamente, el espectáculo y el estudio del mar en su compleja simplicidad en tonos y líneas, le valió mucho para completar este paisaje decisivo.

El color, que de exquisito en exquisito, amenazaba disolverse en vaporosidades inconsistentes, se rehizo súbitamente íntenso y resuelto como en los ensayos juveniles; pero en un sentido más grave, empujando de los colores elementales del espectroscopio a las coloraciones turbias y jugosas del humo y de la oca.

Donde antes no era más que la fascinación de una juventud trepidante, surge ahora una masculinidad saturada y segura. La naturaleza cesa de ser para el pintor un placentero y florido arriate y se presenta tal cual es: una cálida forja de cosas.

Esta reconquista de la seriedad de la coloración, se valoriza y se completa por una progresiva visión de la forma, concebida con un amplio resuando y de más reposada solidez. Al rápido abocetamiento de los tonos, que por armonizarse se mezclaban unos a otros, se sucede una armonía, no menos estrechamente entrelazada, de largos y nitidos planos de color, que si pudieron ser sugeridos a su inteligencia por la búsqueda de los cubistas, no caen jamás en la fiজেza geométrica, y por derivar tales como son por la directa sensibilidad de la naturaleza, le resultan siempre vivientes y espontáneos. También aquello que tenían ayer de sumario, tumultuoso y excesivo, se está convirtiendo, en sus últimas obras, más ordenado y ceñido, otorgándole al cuadro una más clara estructura y una vitalidad más fundida con el todo. Es de presumir que, precisamente en esta dirección, Tosi, acostumbrado a un continuo progreso, podrá hacer todavía bellas conquistas.



ARTURO TOSI "Al pie de la colina"

Para acercarse siempre más a este concepto de sólida y libre forma, le ayudó una práctica asidua del dibujo — rara en estos días entre los pintores, y más rara aún entre los paisajistas — no tanto entendida para adueñarse neumáticamente del singular aspecto de las cosas, sino para encontrar los valores expresivos de sombra y de luz, expresados — por así decirlo — la esencia del clarooscuro. De aquí la impresión de atmósfera coloreada que nos dan sus dibujos.

Toda su producción se dirigió, en verdad, hacia la intensidad del tono y la robustez del clarooscuro, sin hacer a menos del sentido de la atmósfera límpida, pero húmedamente vaporosa que siempre fué la característica de la pintura lombarda, desde Borgogno a Ranzoni, a Prevati y es en esta atmósfera de dulce fulgore, que Tosi supo alcanzar la gran riqueza del color, en particular modo hacia la pintura de las flores a la que se dedicó en estos últimos años como más apto a extraer de su paleta una estrecha sonoridad. Es así que su pintura nos refrenda, sustancialmente, algo como una retentiva melancólica dulzura que no se repliega sobre sí misma, sino que se eleva virilmente hacia los vértices de la alegría.

Por tantas virtudes de temperamento y de intelecto, por tanta lealtad de propósitos y constancia laboriosa, y sobre todo, por esa su íntegra fidelidad hacia su persona y hacia su tierra — que profundiza lógicamente la esencia de la raza — Arturo Tosi se nos aparece hoy no sólo como uno de los más típicos representantes de la pintura lombarda, sino también como el más definido pintor de paisajes que nuestra generación le dió a Italia.

MAURICE DENIS

De Gauguin y Van Gogh al clasicismo

A mis queridos discípulos de la Academia Ranson.

La gran tormenta que renovó el arte francés hacia el 1890, salió del negocio del "por Tanguy", comerciante en colores de la calle Clazel, y de la posada Gloanee de Pont-Aven. En Pont-Aven Gauguin reunió a algunos discípulos, Chamallier, Seguin, Filiger, Serusier y el holandés Jahn; tal era la "pesada escuela de materias rudimentarias, entre sendos vasos de sidra" (1). En lo de Tanguy, un viejo de la Comuna, un dulce soñador anarquista, se exponían, para edificación de los más jóvenes, las producciones revolucionarias de Van Gogh, de Gauguin, de

Emilio Bernard y de sus émulos, colga-

das en desorden al lado de las telas del maestro incontestable, del iniciador del nuevo movimiento, Pablo Cézanne.

Bernard, Van Gogh, Anquetin, Toulouse-Lautrec eran rebeldes del taller de Cormon; otros, Bonnard, Ibels, Ranson, Denis, rodeando a Serusier, fuimos los rebeldes del taller de Julián. Simpatizando con todo lo que nos parecía nuevo y subversivo, íbamos, no solamente hacia los que hacían tabla rasa de la enseñanza académica, sino también, y sobre todo, del naturalismo, fuese romántico o fotográfico, entonces admitido universalmente como la sola teoría digna de una época de ciencia y de democracia. Nos hemos vuelto a encontrar después entre los primeros independientes, entre los cuales ya se sentía la influencia de Seurat y de Signac.

A las audacias impresionistas y divisionistas, los recién llegados agregaban una ejecución zurda y una simplificación caricaturesca de la forma; y ese era el simbolismo. Ahora estamos acostumbrados a ese género de audacias, y el público también se ha hecho a ellas; pero entonces las confundía con las de los locosherentes y los cabarets de Mont-Martre. El afiche y las revistas ilustradas, popularizaron esas enérgicas fantasías de dibujo, esas exageraciones del carácter, entonces inéditas y completamente desconocidas para el viejo Grevin, Willette y hasta para Cheret, cuyas invenciones elegantes comenzaban recién a florecer en los muros de París. Las síntesis de los decoradores japoneses, no bastaban para alimentar nuestra necesidad de simplificación. Ídolos primitivos o del Extremo Oriente, calvarios bretones o imágenes de Ephañ, figuras de tapicerías o de vitraux, mezclados con recuerdos de Daudmier, el estilo zurdamente puñetisco del Cézanne de las bañantes, de las pesadas paisanerías de Pissarro. A quienes han sido testigos del movimiento de 1890, cada les puede ya asombrar: los esfuerzos más salvajes, más incomprendibles de los ahora llamados "fieros" no pueden sino recordarnos las extravagancias de nuestra generación. Para conocer la emoción, el vértigo de lo inesperado, es preciso haber visto el café Volpini en la Exposición de 1889. Allí, en un rincón apartado de la gran feria, lejos de las artes oficiales y de las obras muchas acumuladas en la Retrospectiva, estaban abundantemente colgados los primeros Gauguin, los Bernard, los Anquetin, etc., reunidos por primera vez. Las curiosidades más hilerantes de la Exposición eran, y lo serían aun hoy, a pesar de la diferencia del público, las obras de Willusen o de Rasetti, expuestas años más tarde en el pabellón de la Ville de París (Independientes).

El reproche que nos hacían los críticos de entonces, era el de que pretendíamos volver a balbucear. En efecto, volvíamos a la infancia, hacéndonos los bestias, y era entonces, sin duda, lo más inteligente que se podía hacer. Nuestro arte era un arte de salvajes, de primitivos. El

movimiento de 1890 procedía a la vez de un estado de extrema decadencia y de una fermentación de renuevo. Era el momento en que el nadador que zambulle, al tocar fondo, asciende.

Sin duda la borrasca de 1890 había sido preparada. Los artistas cuya aparición, que hiciera tanto escándalo, fueron producto de su tiempo y de su ambiente; sería injusto aislarlos de sus mayores, los impresionistas, y particularmente parece que la influencia de Camilo Pissarro fué sobre ellos considerable. Tampoco se les podría reprochar de haber desconocido a sus predecesores inmediatos, pues han manifestado desde sus comienzos la más gran estima por los que los habían puesto sobre el camino: no solamente Camilo Pissarro y Cézanne, y Degás y Odilon Redon, sino también Puvís de Chavannes, cuya gloria oficial hubiese podido, sin embargo, ser un freno a su juvenil intranigencia.

Era entonces el final necesario — el acción y reacción, todo junto — del gran movimiento impresionista. Se ha dicho de todo sobre este asunto: ausencia de toda regla, la nulidad de la enseñanza académica, el triunfo del naturalismo, la influencia de los japoneses, habían determinado la eclosión alegre de un arte aparentemente libertado de toda traba. Motivos nuevos, el sol y las luminaciones artificiales y todo lo pintoresco de la vida moderna, habían sido admitidos en los dominios del arte. La literatura mezclaba a las vulgaridades del realismo agonizante los refinamientos del Simbolismo; el "trozo de vida" se servía completamente crudo; al mismo tiempo que el amor aristocrático por el vocablo raro, por el estado de alma inédito y de la obscuridad en la poesía, exasperaba el lirismo de los escritores jóvenes. Lo que nosotros le pedíamos a Cézanne, a Gauguin y a Van Gogh, ellos lo encontraban en Verlaine, en Mallarmé, en Laforgue: "De todas partes, decía Alberto Aurier en el artículo-manifiesto de la *Revue Encyclopédique*, se reivindicaba el derecho al ensueño, el derecho a los pastores del azul, el derecho a volar hacia las estrellas negadas de la absoluta verdad.

JUAN PALAZZO

LA CASA POR DENTRO MISERIA

(Conclusión)

Este hermoso sé, producía un cosquilleo que, contagiándose y aumentando rápidamente, concluían las otras mujeres por agarrarse a la barriga para estar en descomunal risotada.

Otras veces era con la casera, señora de sesenta años. Cuando se dirigía al fondo, doña Concepción la chistaba: — Isabel... Isabel; oiga.

Y ante el gesto malhumorado de la encargada, por esas maneras impropias, el grupo solidario sonreía maliciosamente. Así pasaban la vida. Pero entre otras, había una cosa que a ella le preocupaba en serio. Era el turco Emilio, cuyo golpe de vista fascinador turbaba su parsimonia característica.

El tilingo la tenía loca. Este, sin embargo, permanecía impasible, retorciéndose los bigotes. Doña Concepción se adiestra su llegada, interceptándole el camino. Esquivando su encuentro, el turco saludaba solemne, esquivando adelante.

Pracazadas esas tentativas, recurrió a la insinuación. Cuando lavaba, inclinándose su voluminoso torso sobre la silla que sostenía el tacho, dejaba ver las piernas a la altura de la fosa poplitea. Era un arranque acelerado, furioso, carnal. La ancha pollera se abría y cerraba. Las dos porciones del glúteo se estremecían palpitantes. Y nunca concluía de frotar las ropas; nunca cesaba de darse vuelta, respirando sofocada y oprimiendo los labios con dolorosa voluptuosidad. En vano. El otro miraba, sí, pero ni entusiasmado ni indiferente, acaso con cierto desencanto frente a un objeto que quisiera, mas no puede ser mejor; tal vez por puro cumplimiento; quizás para satisfacer su orgullo de hombre festejado. La verdad es que había corrido tres meses de inútil espera. Ella sabía de sobra que las líneas de su cuerpo eran enormemente desiguales: que su cara, chica y punteada de

Las copias míopes de anécdotas sociales, la imitación imbécil de las verrugas de la naturaleza, la observación chata, el *trompe l'oeil*, la gloria de ser tan fiel, tan literalmente exacto como el daguerreotipo, no conforma más a ningún pintor, a ningún escultor digno de ese nombre." Los músicos, menos nihilistas que los pintores, pero como ellos preocupados de mayor libertad individual y de más expresión, reciben, sufren la influencia del romanticismo wagneriano, de lo pintoresco ruso y de la música pura que les revelan César Frank, Bach y los contrapuntistas del siglo XVI.

Todo fermentaba. Pero al fin es necesario decir que en las artes plásticas, la idea de arte, por de pronto limitada a la idea de copia, no se apoyaba sobre otra cosa que sobre el prejuicio naturalista del temperamento, o mejor dicho, de la sensación individual. Ellos ven así, decía la crítica. Nosotros llevamos al colmo el desprecio por las convenciones, sin otro propósito que el de negarlas; el derecho de hacerlo todo no reconocía ninguna restricción. Fué el exceso de ese desorden que trajo como reacción el espíritu de sistema y el gusto de las teorías. Seurat fué el primero que trató de substituir a la improvisación, más o menos caprichosa, del natural, un método de trabajo reflexivo. Buscó de poner orden, de crear una nueva doctrina que todo el mundo esperaba. Tuvo el mérito de intentar la reglamentación del impresionismo. El apresuramiento con que sacaba conclusiones estéticas de ciertas teorías de Chevreul o de Carlos Henry, o de sus propias tentativas, ha hecho de su obra, desgraciadamente muy pronto interrumpida, una experiencia truncada. Por admirable que haya sido ese primer esfuerzo a favor de la libertad, es un hecho que, a pesar de la inteligencia, la perseverancia y el talento del coladorador de Seurat, Pablo Signac, no tuvo repercusión profunda, mientras que el sintetismo y todos los propósitos de Gauguin y de Van Gogh han tenido una influencia considerable sobre los jóvenes pintores en Francia, en Alemania y hasta en los extremos de Europa.

manchitas, lo mismo que los brazos, repelían al mirador; que sus cabellos eran una mezcla de amarillo y castaño, que llevaba los senos caídos; que bebía indecorosamente; que era una mujer rara, intrahumana; que el marido era llevadero; que su pretensión estaba muy mal, muy mal. Mas, ¿cómo refrenarse? Sus autojos eran imperantes, y exigían rápida realización. Se le había metido en la mollera atravesar al turco; y atacaba impertinente.

Al verlo llegar, le brindaba con cien sonrisas. Y nada. Voléncia, por último, usó el guño manifiesto, decisivo e interrogante, como diciéndole: ¿vienes? Tampoco nada.

Cierta mañana, tras un breve cambio de palabras, le zumbó veloz, como en broma:

—Vea, por cinco pesos, a cualquiera le doy esto.

Y señaló su trasero.

Emilio, rojo de vergüenza, se marchó de allí.

Perdida la última esperanza, entró en la desesperación, a la rabia, a la envidia.

—Se ha fijado usted en ese tilingo! En la mesa conversaba menos que nunca; permanecía callado, masticando con lentitud. A ratos embicaba la cabeza, dibujándose en su rostro la expresión del pleno aburrimiento. Los gestos mal disimulados de su desamor hacia el infeliz allí presente, inocencio le preguntaba: —¿Por qué ponés esa jeta?

—¿Que sé yo!

Cogía la botella, y llenaba su vaso unos dos, tres veces. Se sorbía el líquido de un trago; golpeando ruidosamente con la copa sobre la mesa. Ocurría que inocencio, fuera de sí, comenzaba a dar patadas en el suelo. fingiendo ignorancia, ella interrogaba a su vez:

—¿Qué tenés?
—¡Esto sí que está lindo! Servime a mí como corresponde.
La botella se vaciaba, y allá iba por otro litro, que asimismo desaparecía.
A la tarde, de nuevo cruzaba a comprar el agrio y turbio campeche. Virgilio se estaba. Sentada junto a la mesa, de aquel cuarto maloliente y desordenado, ajena al mundo, bebía y bebía atiborrándose por completo. Su cabeza era un caos y ardía en fiebre. Sus ojos relampagueantes, brillaban igual que cristal húmedo. En la región de su labio superior, bordeaba la señal violácea del vino. Deshecha, se balanceaba de uno a otro costado, estirándose de piernas, moviendo los brazos, replegándose luego. A sus contorsiones acompañaban muecas horribles. Después parecía serenarse. Entornaba los ojos, vencida por el amodorramiento. Después despertaba, reaccionaba y se prendía al vino.

Una tarde, completamente ebria, se retorcía como un junco. Quiso continuar bebiendo, pero le faltaron las monedas necesarias. Sin reflexionar, agarró la botella junto con el vaso; salió del cuarto y bordeando por el patio, llegó hasta donde vivía la encargada. En tono autoritario le pidió dinero, y ella se negó a dárselo. Furiosa, volvió a la cueva.

En ese instante el chico lanzaba enredadores ronquidos, inundada de cólera, avanzó resuelta en dirección a la cama. Lo asió de la cintura, y en seguida, ciega, brutal, sus puños cayeron martillazos sobre los omoplatos y los riñones.

—¡Chino! ¿Esas son formas de dormir? ¿Lo aprendiste de tu padre? ¿Eh? ¿sí? Bueno, tomá, tomá — respondía con golpes a sus mismas preguntas.

Agotada, se echó en la silla. Virgilio, machucado, profería gritos que partían el alma. Los vecinos salieron al patio. Algunas mujeres, más olfativas que indignadas, dirigían la vista hacia el cuarto cerrado; otras protestaban a media voz; Saúl arrojaba incomprensibles anatemas, blandiendo los puños al aire. El paisano vecino, sin inmutarse, filosóficamente, transfundía su pacífica sensibilidad en el humo azul del narguile que lanzaba a grandes bocanadas. Sólo Madama Margot fué a reprenderla. Intentó abrir la puerta pero en vano. Nadie respondía. Virgilio ya no gritaba. Madama Margot insistía ahora amenazante.

—Abra, le digo; abra, que si no será peor.
De pronto asomó en el marco del vidrio la minúscula cabeza de doña Concepción, y observando a la otra de hito en hito, la apostrofó despreciativa, escupiendo en el cristal.
—¡Andá al diablo, vieja franchuta!
Y se dejó caer otra vez en la silla. Ya estaba harta de su vida, de la gente, de todo. Muerto el primogénito, no deseaba saber nada de hijos. ¿Para qué? Le nacían enfermos, raquíticos. Virgilio era un manojito de carne blanda. Tenía la sangre viciada igual que ellos, y en la mesa reclamaba siempre su parte de vino, de lo contrario lloraba.
—Tener hijos! ¿Para qué?
Esta interrogación la inquietaba de veras. Pero Inocencio que, engolfado en un mundo de vagas sensaciones, apenas veía la realidad de las cosas, oprimía razones morales, para ella de escasa solidez, como la sociedad, el deber, el instinto de la especie, la familia.

Habían pasado dos años. En la casa ya no predominaba su espíritu versátil y tramoyista. El cambio de varios vecinos, y el aislamiento que se le hizo a consecuencia de los inevitables chismes, fueron los móviles principales. Posteriormente a la cómica ruptura formal con el tilingo, se enemistó con Madama Margot y la pareja de catalanes. Todo esto la obligó a librar una formidable batalla con la rubia, enviando al marido de ésta un equipo anónimo en el que campeaba la más negra traposonda. En ese papelucho, ausente de ortografía llamaba a Mercedes "cochino", y al esposo "honrrado hombre que sudava la gota gorda, trabajando, mientras la infame era braso de otro le decían la sábana".

Maliquista con todos, a la postre se encontró sola, condenada al silencio que, para doña Concepción, era uno de los mayores males.

Por ese tiempo la sorprendieron de consuno el nacimiento de un nuevo hijo y la enfermedad de Virgilio.

Próxima a parir, intentó convencer a Inocencio sobre el punto que éste no admitía, por considerarlo escabroso y despidado. Ella forcejeaba, arreglándose para aparecer persuasiva, convincente. Con una peculiaridad ya ejercitada, le tendía el señuelo de las caricias, de los lirones, de sus sufrimientos. Ahondando siempre, lograba sumergirle en un mundo terriblemente dantesco, donde sus hijos danzaban sin tronco ni extremidades.

Fueron para ella días de rabetas, de violentas discusiones y amenazas horribles. A la terquedad de Inocencio se unía algo más grave que la tenía fuera de quicio. Apenas traspasaba los umbrales de su cueva, las miradas de sus enemigas caían como flechas en el vientre feudo. ¡Ah, cómo sonreían las muy puercas viéndolo andar despatarrado y con pesadez! Con frecuencia la sorprendía cuchicheando en los rincones, contra las paredes, dentro de las piezas, detrás de las cocinas. Sólo llegaba a ella el runrún de las frases dichas a boca encerrada. Radiante de furor, solía acercarse de puntitas, aguzando el oído. El deambante era inmediato, pues quien más, quien menos, todas la temían. Pero con claridad entendía lo que murmuraban de ella. Seguramente la desmucuzaban por su crueldad con Virgilio, por sus frecuentes borracheras, por su falta de puntualidad en el pago de los alquileres, porque sopló a Luana su deseo de abortar, por el anónimo, porque nunca la dejaba tranquilas. — No importa — decía. — Ya me las pagarán.

Y se mordía los labios.
A pesar suyo, se abandonaba y cedía al impulso dominante de la naturaleza. Rencores, propósitos, ideas, se estumaban poco a poco en el vacío. El egoísmo acabó por vencerla. Así nació el hijo. A los breves días enfermó Virgilio.
Virgilio jugaba y corría con los demás chicos, pero a lo mejor deteníase, fatigado, dolorido, poniendo una cara de prematura tristeza. Cuando esto sucedía, acurrucábase en un rincón cualquiera para descansar. Al cabo de un rato, volvía a sus diablicas de muchacho, corriendo, montado en una escoba, por el fondo del caserón.
Más tarde, le resultó doblemente penoso traquetear a su gusto. A la fatiga, se agregó un abatimiento físico casi continuo. No ya correr, hasta caminar le era imposible sin experimentar en los muslos y en las piernas una especie de entorpecimiento.
Con frecuencia se quejaba a la madre.
—No es nada — replicaba indiferente.
De noche, sin embargo, y en presencia de Inocencio, solía frotarle la espalda con una tintura. Virgilio, al levantarse, iba en busca de los otros. Transcurrida una hora, recomenzaban los dolores dilacerantes como en la jornada anterior; y entonces, caminando a gatas, se acercaba a la madre gimiendo, insistiendo, suplicando:
—Para eso nací antes que vos.
A pesar de su abulia y ceguera que le arrastraban a cometer infinitos errores, Inocencio sentía más que ella el derrumbe de una felicidad forjada en noches de locuras. Incapaz de anticiparse a los desastres, tenía momentos de congoja, de incertidumbre, de arrepentimiento. Cuando alguien le preguntaba por qué Virgilio era algo jiboso, la pena invadía su

diestra a siniestra besándose en los párpados, al par que le canturreaba una canción sentimental o ultrapicantesca que ella sabía muy bien. Andando, llegaba junto a la pieza de la vieja Margot, tanto para picarla; metía el hocico en los vidrios del taller bohemio, atisbando por las junturas; daba unas vueltas alrededor de la magoñita; de allí se encaminaba al primer patio. En seguida volvía, deteniéndose a cada paso, para contere la mole de su cuerpo en un traveso y diabólico vaivén o lanzar una ojeadita de través a las habitaciones populosas de los turcos.

Al principio era un divertido pasatiempo que compensaba las horas aburridas. Luego, como en todas sus cosas, el entusiasmo disminuyó. El paseo se volvió monótono, mecánico. Nadie advertía su persona. Los vecinos, puerta adentro, suspiraban largamente por el retorno de la primavera que les traería un poquito de sol.

En las mañanas sucesivas, ya no lo paseaba ni le sonreía. Arrojado en sucios pañales, dejábase en la cuna durante las veinticuatro horas.
El desapego a los suyos renacía constantemente. En vano se esforzaba si pretendía amar a sus hijos una semana entera. La vida, para ella no le ofrecía otras satisfacciones que la de los puros instintos. Después nada. La realidad era amarga y cruda. Veía miseria por todas partes, en el mantel de la mesa, en los guifapos de los chicos, en el piso destarrado y bajo, en la cama desvencijada, en las sillas rotas, en el aparador vacío, en su vestido deteriorado por la polilla, en el paño que comía, en el caldo sin sustancias, en el puchero pelado, en el vino amodorrante.

—¿Ves lo que son los hijos? — le decía a Inocencio. — ¿Comprendes ahora? Inocencio hundía la cabeza. Doña Concepción proseguía subiéndole de tono, de tal modo, que Virgilio, atemorizado, se escurría de la pieza.

Estas escenas se repetían diariamente, en la mesa y en el lecho. El nunca replicaba, lanzando sólo, como al descuido, ciertos vocablos conciliadores y fatalistas: *es la yeta, el destino, que le vamos a hacer*, sin saber que así la enfurecía más.
Pero quiera que no, al cabo tuvo que batirse. Y entonces empezaron a lanzarse insultos.
—Vos tenés la culpa — clamaba Concepción.
—Y también vos, ¡qué diablo! ¿Acaso no te revolcaste conmigo?
—¡Callate, perro.
—¡Vacá!

En cierta ocasión, mientras altercaban, ella con el dedo índice trazó en el aire un círculo demasiado gráfico, que Inocencio, comprendiéndolo al punto, la fulminó con esta magistral frase que rara vez salía de sus labios, no estando borracho:
—Para eso nací antes que vos.

A pesar de su abulia y ceguera que le arrastraban a cometer infinitos errores, Inocencio sentía más que ella el derrumbe de una felicidad forjada en noches de locuras. Incapaz de anticiparse a los desastres, tenía momentos de congoja, de incertidumbre, de arrepentimiento. Cuando alguien le preguntaba por qué Virgilio era algo jiboso, la pena invadía su

diestra a siniestra besándose en los párpados, al par que le canturreaba una canción sentimental o ultrapicantesca que ella sabía muy bien. Andando, llegaba junto a la pieza de la vieja Margot, tanto para picarla; metía el hocico en los vidrios del taller bohemio, atisbando por las junturas; daba unas vueltas alrededor de la magoñita; de allí se encaminaba al primer patio. En seguida volvía, deteniéndose a cada paso, para contere la mole de su cuerpo en un traveso y diabólico vaivén o lanzar una ojeadita de través a las habitaciones populosas de los turcos.

Al principio era un divertido pasatiempo que compensaba las horas aburridas. Luego, como en todas sus cosas, el entusiasmo disminuyó. El paseo se volvió monótono, mecánico. Nadie advertía su persona. Los vecinos, puerta adentro, suspiraban largamente por el retorno de la primavera que les traería un poquito de sol.

En las mañanas sucesivas, ya no lo paseaba ni le sonreía. Arrojado en sucios pañales, dejábase en la cuna durante las veinticuatro horas.

El desapego a los suyos renacía constantemente. En vano se esforzaba si pretendía amar a sus hijos una semana entera. La vida, para ella no le ofrecía otras satisfacciones que la de los puros instintos. Después nada. La realidad era amarga y cruda. Veía miseria por todas partes, en el mantel de la mesa, en los guifapos de los chicos, en el piso destarrado y bajo, en la cama desvencijada, en las sillas rotas, en el aparador vacío, en su vestido deteriorado por la polilla, en el paño que comía, en el caldo sin sustancias, en el puchero pelado, en el vino amodorrante.

En esas mañanas de crudo frío, lo paseaba en brazos por el patio, yendo y viniendo, alzándolo al aire, moviéndolo de

diestra a siniestra besándose en los párpados, al par que le canturreaba una canción sentimental o ultrapicantesca que ella sabía muy bien. Andando, llegaba junto a la pieza de la vieja Margot, tanto para picarla; metía el hocico en los vidrios del taller bohemio, atisbando por las junturas; daba unas vueltas alrededor de la magoñita; de allí se encaminaba al primer patio. En seguida volvía, deteniéndose a cada paso, para contere la mole de su cuerpo en un traveso y diabólico vaivén o lanzar una ojeadita de través a las habitaciones populosas de los turcos.

Al principio era un divertido pasatiempo que compensaba las horas aburridas. Luego, como en todas sus cosas, el entusiasmo disminuyó. El paseo se volvió monótono, mecánico. Nadie advertía su persona. Los vecinos, puerta adentro, suspiraban largamente por el retorno de la primavera que les traería un poquito de sol.

En las mañanas sucesivas, ya no lo paseaba ni le sonreía. Arrojado en sucios pañales, dejábase en la cuna durante las veinticuatro horas.

El desapego a los suyos renacía constantemente. En vano se esforzaba si pretendía amar a sus hijos una semana entera. La vida, para ella no le ofrecía otras satisfacciones que la de los puros instintos. Después nada. La realidad era amarga y cruda. Veía miseria por todas partes, en el mantel de la mesa, en los guifapos de los chicos, en el piso destarrado y bajo, en la cama desvencijada, en las sillas rotas, en el aparador vacío, en su vestido deteriorado por la polilla, en el paño que comía, en el caldo sin sustancias, en el puchero pelado, en el vino amodorrante.

—¿Ves lo que son los hijos? — le decía a Inocencio. — ¿Comprendes ahora? Inocencio hundía la cabeza. Doña Concepción proseguía subiéndole de tono, de tal modo, que Virgilio, atemorizado, se escurría de la pieza.

Estas escenas se repetían diariamente, en la mesa y en el lecho. El nunca replicaba, lanzando sólo, como al descuido, ciertos vocablos conciliadores y fatalistas: *es la yeta, el destino, que le vamos a hacer*, sin saber que así la enfurecía más.

Pero quiera que no, al cabo tuvo que batirse. Y entonces empezaron a lanzarse insultos.

—Vos tenés la culpa — clamaba Concepción.

—Y también vos, ¡qué diablo! ¿Acaso no te revolcaste conmigo?
—¡Callate, perro.
—¡Vacá!

En cierta ocasión, mientras altercaban, ella con el dedo índice trazó en el aire un círculo demasiado gráfico, que Inocencio, comprendiéndolo al punto, la fulminó con esta magistral frase que rara vez salía de sus labios, no estando borracho:
—Para eso nací antes que vos.

A pesar de su abulia y ceguera que le arrastraban a cometer infinitos errores, Inocencio sentía más que ella el derrumbe de una felicidad forjada en noches de locuras. Incapaz de anticiparse a los desastres, tenía momentos de congoja, de incertidumbre, de arrepentimiento. Cuando alguien le preguntaba por qué Virgilio era algo jiboso, la pena invadía su

diestra a siniestra besándose en los párpados, al par que le canturreaba una canción sentimental o ultrapicantesca que ella sabía muy bien. Andando, llegaba junto a la pieza de la vieja Margot, tanto para picarla; metía el hocico en los vidrios del taller bohemio, atisbando por las junturas; daba unas vueltas alrededor de la magoñita; de allí se encaminaba al primer patio. En seguida volvía, deteniéndose a cada paso, para contere la mole de su cuerpo en un traveso y diabólico vaivén o lanzar una ojeadita de través a las habitaciones populosas de los turcos.

Al principio era un divertido pasatiempo que compensaba las horas aburridas. Luego, como en todas sus cosas, el entusiasmo disminuyó. El paseo se volvió monótono, mecánico. Nadie advertía su persona. Los vecinos, puerta adentro, suspiraban largamente por el retorno de la primavera que les traería un poquito de sol.

En las mañanas sucesivas, ya no lo paseaba ni le sonreía. Arrojado en sucios pañales, dejábase en la cuna durante las veinticuatro horas.

El desapego a los suyos renacía constantemente. En vano se esforzaba si pretendía amar a sus hijos una semana entera. La vida, para ella no le ofrecía otras satisfacciones que la de los puros instintos. Después nada. La realidad era amarga y cruda. Veía miseria por todas partes, en el mantel de la mesa, en los guifapos de los chicos, en el piso destarrado y bajo, en la cama desvencijada, en las sillas rotas, en el aparador vacío, en su vestido deteriorado por la polilla, en el paño que comía, en el caldo sin sustancias, en el puchero pelado, en el vino amodorrante.

En esas mañanas de crudo frío, lo paseaba en brazos por el patio, yendo y viniendo, alzándolo al aire, moviéndolo de



ser. Los domingos, especialmente, cuando lo llevaba consigo a la plaza San Martín para que el chico jugara en la arena, no podía contemplarlo fijamente cinco minutos sin que asomaran en sus ojos unas lágrimas. Pues el contraste era violento. Había allí una bandada de criaturas sanas, de mejillas sonrosadas, de labios purpúreos y eléctricos en los que chispeaba la fresca sonrisa de la infancia. El suyo permanecía tieso, grave, aplastado, lanzando sólo, como al descuido, ciertos vocablos conciliadores y fatalistas: *es la yeta, el destino, que le vamos a hacer*, sin saber que así la enfurecía más.

Pero quiera que no, al cabo tuvo que batirse. Y entonces empezaron a lanzarse insultos.

—Vos tenés la culpa — clamaba Concepción.

—Y también vos, ¡qué diablo! ¿Acaso no te revolcaste conmigo?
—¡Callate, perro.
—¡Vacá!

En cierta ocasión, mientras altercaban, ella con el dedo índice trazó en el aire un círculo demasiado gráfico, que Inocencio, comprendiéndolo al punto, la fulminó con esta magistral frase que rara vez salía de sus labios, no estando borracho:
—Para eso nací antes que vos.

A pesar de su abulia y ceguera que le arrastraban a cometer infinitos errores, Inocencio sentía más que ella el derrumbe de una felicidad forjada en noches de locuras. Incapaz de anticiparse a los desastres, tenía momentos de congoja, de incertidumbre, de arrepentimiento. Cuando alguien le preguntaba por qué Virgilio era algo jiboso, la pena invadía su

diestra a siniestra besándose en los párpados, al par que le canturreaba una canción sentimental o ultrapicantesca que ella sabía muy bien. Andando, llegaba junto a la pieza de la vieja Margot, tanto para picarla; metía el hocico en los vidrios del taller bohemio, atisbando por las junturas; daba unas vueltas alrededor de la magoñita; de allí se encaminaba al primer patio. En seguida volvía, deteniéndose a cada paso, para contere la mole de su cuerpo en un traveso y diabólico vaivén o lanzar una ojeadita de través a las habitaciones populosas de los turcos.

Al principio era un divertido pasatiempo que compensaba las horas aburridas. Luego, como en todas sus cosas, el entusiasmo disminuyó. El paseo se volvió monótono, mecánico. Nadie advertía su persona. Los vecinos, puerta adentro, suspiraban largamente por el retorno de la primavera que les traería un poquito de sol.

En las mañanas sucesivas, ya no lo paseaba ni le sonreía. Arrojado en sucios pañales, dejábase en la cuna durante las veinticuatro horas.

El desapego a los suyos renacía constantemente. En vano se esforzaba si pretendía amar a sus hijos una semana entera. La vida, para ella no le ofrecía otras satisfacciones que la de los puros instintos. Después nada. La realidad era amarga y cruda. Veía miseria por todas partes, en el mantel de la mesa, en los guifapos de los chicos, en el piso destarrado y bajo, en la cama desvencijada, en las sillas rotas, en el aparador vacío, en su vestido deteriorado por la polilla, en el paño que comía, en el caldo sin sustancias, en el puchero pelado, en el vino amodorrante.

En esas mañanas de crudo frío, lo paseaba en brazos por el patio, yendo y viniendo, alzándolo al aire, moviéndolo de

diestra a siniestra besándose en los párpados, al par que le canturreaba una canción sentimental o ultrapicantesca que ella sabía muy bien. Andando, llegaba junto a la pieza de la vieja Margot, tanto para picarla; metía el hocico en los vidrios del taller bohemio, atisbando por las junturas; daba unas vueltas alrededor de la magoñita; de allí se encaminaba al primer patio. En seguida volvía, deteniéndose a cada paso, para contere la mole de su cuerpo en un traveso y diabólico vaivén o lanzar una ojeadita de través a las habitaciones populosas de los turcos.

Al principio era un divertido pasatiempo que compensaba las horas aburridas. Luego, como en todas sus cosas, el entusiasmo disminuyó. El paseo se volvió monótono, mecánico. Nadie advertía su persona. Los vecinos, puerta adentro, suspiraban largamente por el retorno de la primavera que les traería un poquito de sol.

En las mañanas sucesivas, ya no lo paseaba ni le sonreía. Arrojado en sucios pañales, dejábase en la cuna durante las veinticuatro horas.

por la camisa. En su cerebro bullía una idea, una idea negra, macabra, que surgió al principio nebulosamente, y después precisa, clara, coatoracada. Espantado, recurría al vino. Su espíritu se emborrachaba, pero la idea avasalladora lo oprimía, acorralándolo, vencíendolo. El ser, que él no percibía, marcó los doce, luego la una. Su petrificamiento era absoluto. Cuando cerraron el negocio, vació la botella otra vez. Entonces abandonó el local, obligado, de lo contrario hubiera permanecido así hasta despuntar el día.

Ya en la calle, cruzó la acera y se detuvo ante la puerta del caserón. Desde luego entró, caminando a tientas, pues la noche era completamente oscura, y en la casa no se distinguían los objetos. Se palpó los bolsillos buscando fósforos. No los había. Anduvo algunos pasos y de nuevo se detuvo. En su volcánico cerebro bullaba la idea. Esa idea lo iluminó, haciéndole apresurar la marcha. Al penetrar en la cueva, la luz de la lámpara que encontró encendida, ardía tenuamente. Aquello se le figuró un antro del vicio, la representación de su vicio, de su ancestral vicio.

Todos roncaban. Balanceándose, pensando, pensaba siempre en la misma idea. Los ojos se aturdiran por la afluencia de la sangre. Los dientes le castañetearon, la respiración le era dificultosa. Sentía en su cuerpo temblor y escalofrío.

Maquinalmente y tropezando, se dirigió a la cama. Agachándose todo lo que pudo hasta juntar sus labios a la cara de ella, le dijo bajito, dándole tirones: —Concepción, escucha. Escuchame, Concepción. Despierta. ¡Ah!, oye. Se me ocurre una idea, una gran idea. Sorprendida, se incorporó.

—¿Qué pasa? — inquirió con un ademán.

—No te agustes — prosiguió en un lenguaje cariñoso y cortado; — no te agustes. Tienes razón; nuestros hijos no valen nada, son como gallinas enfermas.

Los domingos, especialmente, cuando lo llevaba consigo a la plaza San Martín para que el chico jugara en la arena, no podía contemplarlo fijamente cinco minutos sin que asomaran en sus ojos unas lágrimas. Pues el contraste era violento. Había allí una bandada de criaturas sanas, de mejillas sonrosadas, de labios purpúreos y eléctricos en los que chispeaba la fresca sonrisa de la infancia. El suyo permanecía tieso, grave, aplastado, lanzando sólo, como al descuido, ciertos vocablos conciliadores y fatalistas: *es la yeta, el destino, que le vamos a hacer*, sin saber que así la enfurecía más.

Pero quiera que no, al cabo tuvo que batirse. Y entonces empezaron a lanzarse insultos.

—Vos tenés la culpa — clamaba Concepción.

—Y también vos, ¡qué diablo! ¿Acaso no te revolcaste conmigo?
—¡Callate, perro.
—¡Vacá!

En cierta ocasión, mientras altercaban, ella con el dedo índice trazó en el aire un círculo demasiado gráfico, que Inocencio, comprendiéndolo al punto, la fulminó con esta magistral frase que rara vez salía de sus labios, no estando borracho:
—Para eso nací antes que vos.

A pesar de su abulia y ceguera que le arrastraban a cometer infinitos errores, Inocencio sentía más que ella el derrumbe de una felicidad forjada en noches de locuras. Incapaz de anticiparse a los desastres, tenía momentos de congoja, de incertidumbre, de arrepentimiento. Cuando alguien le preguntaba por qué Virgilio era algo jiboso, la pena invadía su

diestra a siniestra besándose en los párpados, al par que le canturreaba una canción sentimental o ultrapicantesca que ella sabía muy bien. Andando, llegaba junto a la pieza de la vieja Margot, tanto para picarla; metía el hocico en los vidrios del taller bohemio, atisbando por las junturas; daba unas vueltas alrededor de la magoñita; de allí se encaminaba al primer patio. En seguida volvía, deteniéndose a cada paso, para contere la mole de su cuerpo en un traveso y diabólico vaivén o lanzar una ojeadita de través a las habitaciones populosas de los turcos.

Al principio era un divertido pasatiempo que compensaba las horas aburridas. Luego, como en todas sus cosas, el entusiasmo disminuyó. El paseo se volvió monótono, mecánico. Nadie advertía su persona. Los vecinos, puerta adentro, suspiraban largamente por el retorno de la primavera que les traería un poquito de sol.

En las mañanas sucesivas, ya no lo paseaba ni le sonreía. Arrojado en sucios pañales, dejábase en la cuna durante las veinticuatro horas.

El desapego a los suyos renacía constantemente. En vano se esforzaba si pretendía amar a sus hijos una semana entera. La vida, para ella no le ofrecía otras satisfacciones que la de los puros instintos. Después nada. La realidad era amarga y cruda. Veía miseria por todas partes, en el mantel de la mesa, en los guifapos de los chicos, en el piso destarrado y bajo, en la cama desvencijada, en las sillas rotas, en el aparador vacío, en su vestido deteriorado por la polilla, en el paño que comía, en el caldo sin sustancias, en el puchero pelado, en el vino amodorrante.

En esas mañanas de crudo frío, lo paseaba en brazos por el patio, yendo y viniendo, alzándolo al aire, moviéndolo de

diestra a siniestra besándose en los párpados, al par que le canturreaba una canción sentimental o ultrapicantesca que ella sabía muy bien. Andando, llegaba junto a la pieza de la vieja Margot, tanto para picarla; metía el hocico en los vidrios del taller bohemio, atisbando por las junturas; daba unas vueltas alrededor de la magoñita; de allí se encaminaba al primer patio. En seguida volvía, deteniéndose a cada paso, para contere la mole de su cuerpo en un traveso y diabólico vaivén o lanzar una ojeadita de través a las habitaciones populosas de los turcos.

Al principio era un divertido pasatiempo que compensaba las horas aburridas. Luego, como en todas sus cosas, el entusiasmo disminuyó. El paseo se volvió monótono, mecánico. Nadie advertía su persona. Los vecinos, puerta adentro, suspiraban largamente por el retorno de la primavera que les traería un poquito de sol.

En las mañanas sucesivas, ya no lo paseaba ni le sonreía. Arrojado en sucios pañales, dejábase en la cuna durante las veinticuatro horas.

Tienes razón no valen nada, nada, nada, pero lo que — llama nada. Tienes razón. Es mejor matarlos.

—¿Qué dices?
Y mientras, atónita, lo contemplaba ella, Inocencio se llegó a la cuna de Roberto. Por la luz tenía el niño un tinte de cera pálida. Procurando no desperdiciarlo, lo tomó en sus brazos, y luego, cuando le quitó los trapos de encima, cuando lo hubo amordazado con un pañuelo estampó sus manos abiertas a cada lado de la cintura, y apretó, apretó, hundiendo las uñas en la carne blanda, sedosa, informe.

Como la otra vez Virgilio, Roberto, libre de la mordaza, comenzó a gritar. En el silencio, los gritos sonaron desgarradores.

Doña Concepción, que preveía las consecuencias del drama, saltó súbita del lecho, le arrebató el niño, y corriendo, fué a golpear a la puerta de la encargada. Esta salió y ambas volvieron. Roberto que renacía, continuaba gritando. Doña Concepción, antes que todo, expresó que le había dado un ataque.

Entonces Inocencio se interpuso entre las dos, y en el mismo lenguaje cortado, lento, finalizó:

—Ella miente. Falta a la verdad. No es eso, ¿sabes? Es la miseria, la puerca miseria, esta vida de miseria...

Y sin poder tenerse en pie, se desplomó en la cama, boca abajo, estallando en ese convulsivo llanto de los borrachos.

1918.

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de MIGUEL BAKUNIN:

Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes y paqueteros del interior.—

Errico Malatesta (11)



EN EL CAFÉ

Usted me dirá: el pueblo obrará por sí mismo, organizará, etc. Pero esas son palabras. Lo que probablemente sucederá es que después de un período más o menos largo de desorden, de disipación y tal vez de esbozos de un nuevo gobierno ocupará el puesto del caído, establecerá el orden... y todo continuará como antes.

¿Para qué, pues, tanto derroche de fuerzas?
Jorge. —Si debiese ocurrir lo que usted dice, no por haber sido inútil la insurrección, porque después de la revolución las cosas no vuelven nunca exactamente al estado anterior, por el hecho que el pueblo ha disipado un período de libertad y experimentó también fuerza y no es fácil hacerle aceptar de nuevo las condiciones de antes. El nuevo gobierno, si lo hay, comprenderá que no podría permanecer en el poder si no diese una satisfacción, y de ordinario trata de justificar su poder dándose el título de intérprete y continuador de la revolución.

Naturalmente, la misión que se impondría al gobierno sería impedir que la revolución fuese restringir y alterar, con un fin de dominio, las libertades de esa revolución; pero no podría volver a su estado de antes.

eso es lo que ha ocurrido en todas las revoluciones pasadas. Pero nosotros tenemos razón para confiar que en la revolución próxima se obrará mucho mejor.

—¿Y por qué?
Jorge. —Porque en las revoluciones todos los revolucionarios, todos los iniciadores y actores principales de la revolución querían transformar la sociedad por medio

de leyes y querían un gobierno que hiciese e impusiese esas leyes. Era forzoso, pues, que se crease un nuevo gobierno y era natural que el nuevo gobierno pensase ante todo en gobernar, es decir, en consolidarse en el poder y por tanto en formar a su alrededor un partido y una clase privilegiada interesados en su permanencia en el poder.

Pero ahora apareció en la historia un nuevo factor, representado por los anarquistas. Ahora hay revolucionarios que quieren hacer la revolución con fines puramente antibuena, y por tanto la constitución de un nuevo gobierno hallaría un obstáculo que no encontró nunca en el pasado.

Además, los revolucionarios del pasado, queriendo hacer las transformaciones sociales, cualesquiera que fuesen, por medio de leyes, sólo tenían en cuenta las masas por el concepto material que debían prestar, y no se ocupaban de darles una conciencia de lo que debían querer y del modo como podían realizar sus aspiraciones. En consecuencia, naturalmente, el pueblo, bueno para destruir, pedía luego un gobierno cuando necesitaba organizar la vida social ordinaria.

Pero, al contrario, nosotros tendemos con nuestra propaganda y con las organizaciones obreras a constituir una minoría consciente que sepa lo que quiere y que, mezclada con la masa, pueda proveer a las necesidades inmediatas y tomar aquellas iniciativas que en otro tiempo se esperaban del gobierno.

César. —Muy bien; pero como ustedes no serán más que una minoría y probablemente en muchas partes del país no tendrán ninguna influencia, se constituirá, sin embargo, un gobierno y tendrán que soportarlo.

Jorge. —Es, en efecto, muy probable que gobierno logre constituirse; pero que deberemos soportarlo... eso lo veremos.

Nótese

que se necesita es cerrar el paso al torrente de la ignominia triunfal y volver a agrupar las pasiones nobles, las aspiraciones elevadas, los pensamientos sinceros; lo que se necesita es volver la fiera a su guarida. ¿Quién es el titán que se atreve? La corriente desecada de los derribos, seréis víctimas de su empuje incontenible y viendo sus devastaciones casi no nos queda más que un recurso: contemplar cómo se derrumban nuestros ensueños, ver cómo se disgrega y se desmorona el único ensayo de oposición al mal, a la mentira, al robo y al crimen hecho por la sociedad moderna: el movimiento anarquista. Si éste se descompone también, si el contagio fatal de esta hora no deja impune siquiera el anarquismo, ¿qué es lo que debemos hacer? ¿qué es lo que tenemos que pensar?

Todo apostroado, todo esfuerzo de voluntad a través de una vida requiere ciertos alicientes, determinados apoyos morales y una fe inquebrantable a pesar de las vacilaciones. Pero, ¿qué es lo que nos queda a nosotros? ¿La fuerza? La monopolizan los privilegiados. ¿Las simpatías de una parte del pueblo? las vamos perdiendo enteramente, si no las hemos perdido ya. ¿La razón? — pero ¡la razón no basta! Tan pocos aspectos favorables hay de nuestra parte que ni siquiera contamos con el conformismo de aquellos espíritus que se cansan de la lucha y mueren o se suicidan intelectualmente antes de morir materialmente. No comprendemos cómo aquellos que se sienten abatidos, impotentes para la acción creadora, para hacer frente al mal y a la mentira, se dan por vencidos y se refugian al margen de lo que otrora fuera su campo de acción y la expresión de sus esperanzas. Por eso es aún más trágica esta posición nuestra. Yemos que la razón no basta; que la maldad triunfa, que la autoridad está más consolidada que nunca, que hemos perdido el derecho a combatir los vicios y los egoísmos de nuestros adversarios, vemos que el último baluarte, la

última fortaleza internacional contra la injusticia y la dominación: el anarquismo, amenaza convertirse en ruinas, desaparecer en este vendaval arrollador que surgió de la catástrofe mundial del 14; sin embargo, por claramente que veamos o nos parezca que vemos esas cosas, no abandonamos nuestro puesto, no rendimos nuestra bandera! Lo último que muere es la esperanza y cuando la razón nos dice que nos ponemos en ridículo al aspirar a nuestra última piedra salvadora, la esperanza; cuando la razón nos presenta el espectáculo desconsolador de ruinas y de desastres, nos decimos también: ¡la razón no basta!

La vida reclama sus derechos. Pigeemos frente a un mundo, no nos rendimos. La razón no basta para hacernos abandonar un combate que lleva trazas de interminable y de infecundo durante muchos años, aunque tampoco baste para definir el triunfo de una causa. Pero nuestra resistencia al mal hará milagros; nuestro ejemplo ha de ser más elocuente un día que las pasiones mezquinas y las ambiciones bastardas que nos obligan a callar.

Y como toda actitud requiere una justificación ante la conciencia, a nosotros nos basta saber que hemos obrado con el corazón en la mano, que hemos abrigado sentimientos de fraternidad y de justicia, que hemos aspirado sinceramente a ser cada vez mejores. Si eso no basta, si eso no es bastante para edificar un mundo nuevo, para hacer sonar la última hora de esta falsa civilización, es una de las condiciones previas para abrir una brecha en el camino del porvenir.

Además ampliamos nuestra experiencia incluso en estos desastres seguidos: la guerra, el triunfo del bolchevismo en Rusia y del fascismo internacional, la disgregación del movimiento anarquista, la sofocación de los aspectos buenos y nobles del hombre. En ese panorama indescriptible reafirmamos una vieja verdad: la cuestión social es una cuestión social

y no individual, ha de resolverse socialmente y no individualmente. El triunfo del fascismo y del bolchevismo ha desbordado el torrente, ha dado rienda suelta a la fiera que dormita siempre en el hombre: ¿cómo queríamos que el anarquismo constituyese un oasis, una fortaleza inexpugnable? Reflexionemos un poco: ¿será posible que ese movimiento constituya una fortaleza sólida en medio del vendaval devastador? Preveamos que la reacción contra el mal ya no será cosa del anarquismo, iniciativa puramente nuestra; será la vida misma la que ha de tenerse al borde del abismo. Nosotros podremos tal vez, cuando llegue la hora, contribuir a favorecer ese proceso del espíritu del mal, pero hemos perdido la posibilidad y el derecho de tomar la iniciativa y de presentarnos al mundo, en tanto que movimiento, como una encarnación de la parte más noble y más digna de la humanidad. Sin embargo ¡no nos rendimos!

Camaradas, por encima de todo, apelmemos aún al esfuerzo mancomunado. Si la razón nos dice que ha de ser en vano, digamos con Mella que la razón no basta, que la esperanza es lo último que muere y aún no ha muerto en nosotros.

México: el paraíso socialista

El camarada A. Guerrero, de Aguascalientes, editor del periódico *Ni Dios ni Amo*, nos remite copia del siguiente documento, que transcribimos sin comentario:

Al C. A. A Guerrero.
Apartado postal 44
Presente.

La Dirección General de Correos, por conducto del Departamento de Estafeta,

Servicio Interior, Negociado "B" México 2.a, en oficio número 12761 de fecha 24 de febrero último, me dice lo que sigue:
"Con relación a su nota N.º 93 del mes ppto., le manifiesto que en la de que la publicación denominada *"Ni Dios ni Amo"*, a que se refiere, contiene conceptos de carácter subversivo anárquico, no es de aceptarse para registro como artículo de segunda clase. **NI DEBE PERMITIRSE SU TRANSPORTE POR CORREO**, por lo tanto se servirá usted dar las instrucciones en caso al personal de esa oficina, para que no se admita la publicación mencionada para su circulación por la vía postal bajo ninguna forma".
Lo que transcribo a usted para su conocimiento y fines consiguientes.—
Aguascalientes, Ags., a 1 de mayo de 1926.

EL ADMINISTRADOR



dir que un nuevo gobierno halle modo de hacerse fuerte y estable.

Un gobierno tiene necesidad de soldados, y nosotros haremos lo posible para que no haya soldados; tiene necesidad de dinero, y nosotros haremos lo posible para que nadie pague los impuestos y nadie le dé crédito.

Hay comunas y tal vez regiones en Italia donde los revolucionarios son bastante numerosos y los trabajadores están bastante preparados para proclamarse autónomas y proveer por sí mismas a sus asuntos, rehusándose a reconocer el gobierno y a recibir a sus agentes o a mandarle sus representantes.

Esas regiones, esas comunas serán centros de irradiación revolucionaria contra los cuales será impotente todo gobierno si se obra pronto y no se le deja el tiempo para armarse y consolidarse.

César. — ¡Pero esa es la guerra civil!
Jorge. — Puede ser que sí. Nosotros queremos la paz, anhelamos la paz... pero no sacrificaremos la revolución a nuestro deseo de paz. No la sacrificaremos porque sólo con ella se puede llegar a una paz verdadera y permanente.

XVI

Felipe (mutilado de guerra). — No puedo contenerme más y ustedes me permitirán decirles que estoy maravillado, diré casi indignado, viendo que, aun siendo de varias opiniones, parecen encontrarse de acuerdo en ignorar la cuestión esencial, la de la patria, la de asegurar la grandeza y la gloria de nuestra Italia.

Próspero, César, Vicente y todos los demás, menos Jorge y Luis (un joven socialista), protestan clamorosamente de su amor a Italia, y Ambrosio dice por todos: — En nuestras conversaciones no hemos hablado de Italia, como no hemos hablado de nuestras madres. No era necesario hablar de lo que está por encima de toda opinión y de toda discusión. Ruego a Felipe que no ponga en duda nuestro patriotismo; ni el de Jorge siquiera.

Jorge. — Oh, no; el patriotismo sólo pueden muy bien ponerlo en duda, porque yo no soy patriota.

Felipe. — Sí, me lo imaginaba: Usted es de aquellos que gritan *abajo Italia!* y que quisieran ver nuestro país humillado y vencido, dominado por los extranjeros.

Jorge. — De ningún modo. Esas son las calumnias habituales con que se trata de engañar a la gente para prevenirla contra nosotros. No excluyo que haya gente que crea de buena fe esas patrañas, pero eso es fruto de la ignorancia y de la incomprensión.

No queremos ninguna suerte de dominación y por tanto no podemos querer que Italia sea dominada por otros países, como no quisieramos que Italia dominase a los demás.

Consideramos como nuestra patria el mundo entero, como hermanos nuestros a todos los hombres; por tanto, sería para nosotros simplemente absurdo el querer humillado y perjudicado propiamente el país en que vivimos, en el que tenemos nuestros parientes, cuyo idioma hablamos mejor, el país que nos da más y a quien damos más en el cambio de trabajo de ideas, de afectos.

Ambrosio. — Pues ese país es la patria de quien continuamente blasfemáis.

Jorge. — No blasfemamos contra la patria, contra ninguna patria; blasfemamos contra el *patriotismo*, contra lo que ustedes llaman patriotismo, que es orgullo nacional, que es predilección de odio contra los demás países, que es pretexto para lanzar pueblos contra pueblos en guerras asesinas en provecho de mezquinos intereses capitalistas y de desmesuradas ambiciones de soberanos y de políticos.

Vicente. — Poco a poco. Tenéis razón si habláis del patriotismo de tantos capitalistas y de tantos monárquicos para quienes el amor a la patria es verdaderamente un pretexto; y yo desprecio y aborrezco como vosotros a quienes no arriesgan nada por la patria y a quienes en nombre de la patria se enriquecen con el sudor y la sangre de los trabajadores y de los hombres sinceros de todas las clases. Pero hay hombres que son patriotas en serio, que han sacrificado o están dispuestos a sacrificar por la patria todo, bienes, libertad, vida.

Vosotros sabéis que los republicanos han estado inspirados siempre por el más alto patriotismo y que han siempre pagado con su persona.

Jorge. — Admiro siempre a quien se sacrifica por sus ideas, pero eso no puede impedirme comprender que las idealidades de los republicanos y de los patriotas sinceros, que se encuentran ciertamente en todos los partidos, han sido superadas y no sirven más que para ofrecer a los gobiernos y a los capitalistas una manera de emmasenar con motivos ideales sus miras reales de arrastrar las masas inconscientes y la juventud entusiasta.

Vicente. — Pero, ¿cómo superadas? El amor al propio país es un sentimiento natural del corazón humano y no será superado nunca.

Jorge. — Lo que vosotros llamáis amor al propio país es apego al país donde tenéis mayores lazos morales y también mayor seguridad de bienestar material, y eso es ciertamente natural y durará siempre, o al menos hasta que la civilización haya progresado hasta el punto que todo hombre encuentre en realidad su país en todas las partes del mundo. Pero eso no tiene nada de común con el mito *patria* que os hace considerar los demás pueblos como inferiores, que os hace desear el predominio del vuestro sobre los otros, que os impide apreciar y uti-

lizar las obras de los llamados extranjeros y que quisieramos considerar los trabajadores más afines a sus trones y a los esbirros compatriotas que a los trabajadores "extranjeros", con los cuales tienen de común intereses y las aspiraciones.

Por lo demás, nuestro sentimiento internacional, mopolita, no es más que el desenvolvimiento, la enunciación de progresos ya realizados. Podéis sentirnos apegados a vuestra aldea nativa o a vuestra región por mil motivos sentimentales y materiales, pero no por sois patriotas de campanario o regionalistas; os vanagloriais de ser italianos y, si llegara el caso, pondría bien general de Italia por encima de los intereses locales y regionales. Si consideráis que ha sido un progreso sanchar la patria de la comuna a la nación, ¿por qué cerrarse ahí y no abarcar el mundo entero en un sentimiento general hacia el género humano y en una cooperación fraternal entre todos los hombres?

Ya hoy las relaciones entre país y país, los cambios de materias primas y de productos agrícolas e industriales son tales que un país que quisiera aislarse de los demás, o peor aún, ponerse en lucha con los demás, se denaría a una vida raquítica y a un desastre definitivo. Abundan ya los hombres que por sus relaciones, por su género de trabajo y de estudio, por su posición económica se consideran y son verdaderamente ciudadanos del mundo.

Y por otra parte, ¿no veis que todo lo que es bello y de grande en el mundo es de carácter mundial y supranacional? Mundial es la ciencia, mundial es la religión que, a pesar de sus mentiras, es una gran manifestación de la actividad actual de la humanidad. Universales, diría el señor Ambrosio, son el derecho y la moral, pues cada cual procura ampliar a todo el género humano sus propias creaciones. Toda nueva verdad descubierta en un cualquiera del mundo, toda nueva invención, todo ducto genetal de un cerebro humano sirve, o debería servir, para toda la humanidad.

Volver al aislamiento, a la rivalidad y al odio entre pueblos y pueblos, obstinarse en un patriotismo egoísta y antihumano, sería ponerse al margen de las grandes corrientes de progreso que impulsan la humanidad hacia un porvenir de paz y de fraternidad, sentirse al margen y contra la civilización.

César. — Usted habla siempre de paz y de fraternidad; pero déjeme hacerle una pregunta práctica. ¿ejemplo los alemanes o los franceses vinieran a Roma, a Nápoles a destruir nuestros monumentos históricos y a masacrar y oprimir a nuestros compatriotas ¿qué haría usted? ¿se alegraría?